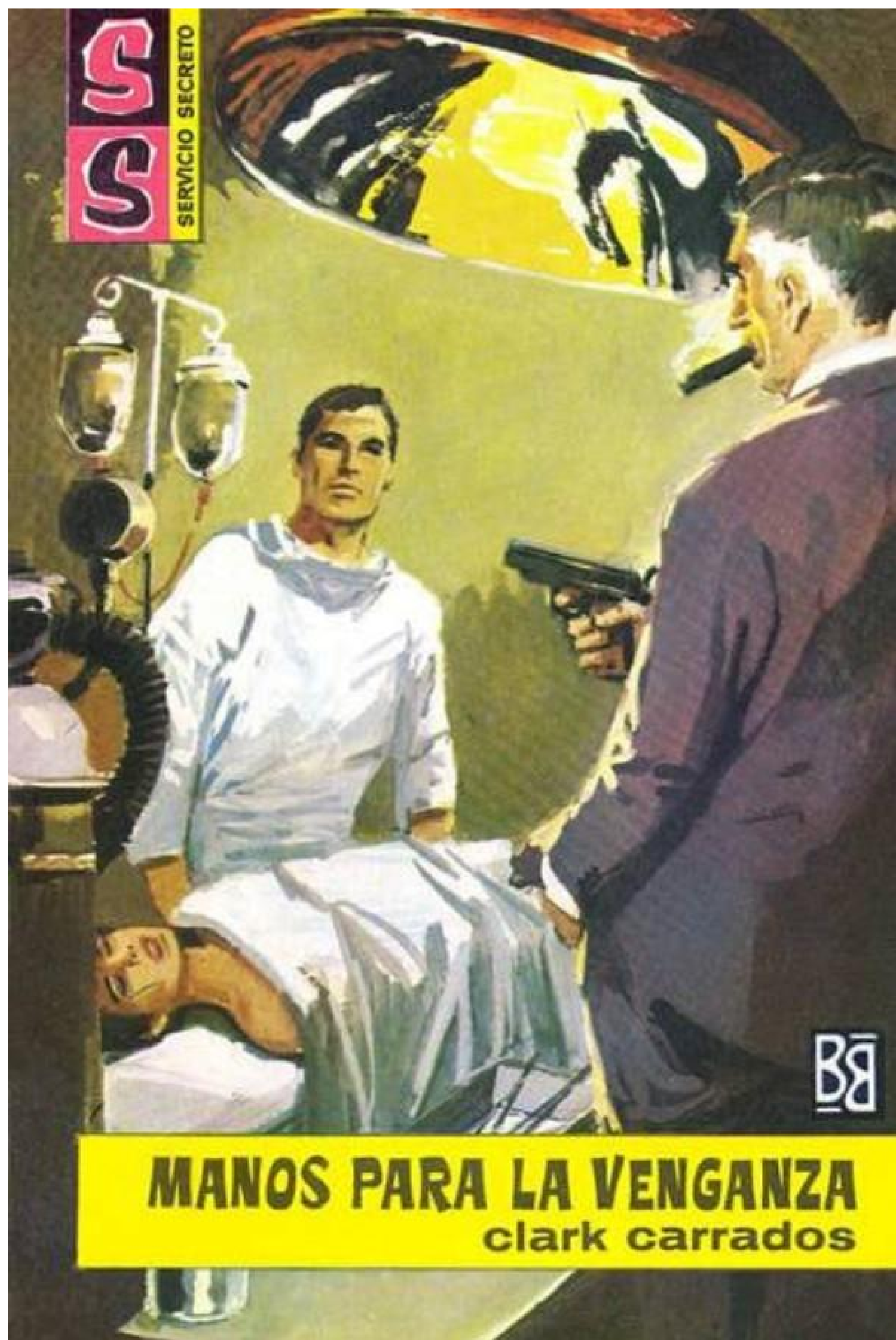

SS
SERVICIO SECRETO
BB
MANOS PARA LA VENGANZA
clark carrados

# MANOS PARA LA VENGANZA

**SS Nº 695**

Autor: Clark Carrados
UUID: ab95c96a-8841-4f37-b34c-76ba18101458
Generado con: QualityEbook v0.78




# CAPÍTULO PRIMERO

EL timbre del teléfono sonó mientras el doctor Quagley daba los últimos toques a la labor del día.

La enfermera Finney, una mujer de edad indefinida y facciones angulosas, atendió la llamada.

—Clínica del doctor Quagley… Oh, es usted, mistress Quagley. Un momento, por favor. Le pongo con su esposo. ¿Doctor?

Quagley alargó la mano. Sonrió. Era un joven de unos treinta y cuatro años, alto, membrudo, de cabellos claros, cortados a cepillo, y ojos azules. A pesar de su juventud, poseía ya una vasta experiencia como cirujano.

—Hola, querida. ¿Cómo estás? ¿Que ya has terminado tu sesión en el salón de belleza? Pero, cariño, si a ti esas cosas… Bueno, bueno, no es por el dinero, sino porque estimo que si ahora, que eres la mujer más linda de la tierra a tus veinti…, ¡ejem!… Bueno, no me digas que Finney está delante y que tú no quieres que ella sepa que sólo tienes veinti… De acuerdo, de acuerdo, pero sigo opinando lo mismo. Si ahora a tus veinti… te pasas dos horas en una clínica de belleza, ¿qué será cuando tengas cuarenta y…?

Apartó el teléfono de su oreja y lo mantuvo lejos unos segundos, mientras miraba a Finney con deslumbrante sonrisa.

—Es maravillosa, Finney.

La enfermera sonrió.

—Lo sé, doctor. Jamás podría haber hallado usted otra esposa mejor. Pero siga atendiéndola.

El joven acercó el aparato a su oreja de nuevo.

—¿Sí? ¿Dentro de media hora en el Globe para cenar? Cariño, necesito al menos cuarenta y cinco minutos… No, antes me es absolutamente imposible… Muy bien. A las siete y media en punto en el Globe. Hasta luego, preciosa.

Colgó y volvió a sonreír.

—Dijo media hora y no cedió un solo segundo, Finney. Bueno, vamos a despachar lo último. ¿Ha venido ya el doctor Manson?

—Sí, doctor.

—Bien, dígale que haga una tomografía de lóbulo inferior del pulmón derecho de la señora Garell. Quiero estar bien seguro antes de proceder a una lobotomía. Si pudiésemos pasarnos sin intervención… Pero no, tendremos que llevarla al quirófano. En cuanto al señor Roderick, es preciso vigilarle bien la temperatura. Cada dos horas…

Diez minutos más tarde, Quagley se hallaba bajo la ducha, en sus habitaciones particulares, instaladas en el segundo piso del edificio donde había montado una pequeña pero concurrida clínica

quirúrgica dotada de todos los adelantos modernos. Apasionado de la cirugía ya desde sus primeros tiempos de estudiante, había destacado al poco tiempo de su graduación como médico con algunas intervenciones tan atrevidas como felices, lo cual había hecho que su fama subiera como la espuma en la ciudad de Stillton, donde residía.

La casa era una vieja construcción, de planta y dos pisos, de estilo fin de siglo, situada sobre una pequeña colina a unos cincuenta metros de altura sobre el nivel medio de los terrenos circundantes. La colina estaba cubierta de una frondosa vegetación compuesta principalmente de añejos robles y encinas, que formaban como una especie de parque natural en torno al edificio. Situado éste a tres cuartos de milla de la ciudad, Quagley había elegido aquel emplazamiento por la tranquilidad y el silencio de que se disfrutaba, cosas ambas muy convenientes para los períodos postoperatorio y de convalecencia de sus pacientes.

En los últimos tiempos había estado tentado de cambiarse a un lugar de mayor amplitud, pero se resistía a ello, parte por las razones antedichas, parte porque ninguno de los edificios que podían sustituir al actual disfrutaban de sus ventajas, y la construcción de uno de nueva planta en el centro de la ciudad le hubiera costado una fortuna exorbitante, dado el elevadísimo valor de los solares, fortuna de la cual no disponía él en aquellos momentos, sobre todo si se comparaba con el ridículo bajo alquiler que pagaba por la casa. Esta había sido antaño mansión de una riquísima familia, cuyos últimos fondos monetarios se habían disipado cuando la crisis de los años treinta. El edificio había sido puesto en venta, pero nadie se había atrevido a apechugar con semejante armatoste, caro de mantener y feo de aspecto, como todas las construcciones levantadas en los últimos veinticinco años del siglo pasado. El único que se había atrevido a cargar con semejante muerto había sido el joven, el cual había comprendido de inmediato la importancia que podía tener una edificación, como aquella para su clínica, debido a la profusión de habitaciones de que disponía. Aun así, la inversión inicial había sido muy elevada y se estremecía cada vez que pensaba en los veintidós mil dólares que aún debía al Banco del préstamo inicial de cincuenta mil que le había sido hecho. Pero su fama era buena y los clientes acudían, de

modo que no existían motivos razonables para desesperar de saldar aquella deuda en el plazo fijado por el Banco.

Además, estaba Ann, su deliciosa esposa, con la cual había contraído matrimonio apenas dos años antes. No habían tenido hijos todavía, pero la pareja no desesperaba de tenerlos. Seguían tan enamorados como siempre, como desde el primer día, y, en fin, el panorama del matrimonio Quagley no mostraba más que un cielo azul en el cielo, sin una sola nube que empanase su tersura.

Poco suponía el joven que aquella misma tarde, mientras terminaba de hacerse el nudo de la corbata y contemplaba desde su ventana los perezosos meandros del río Sangamon, que aquel cielo azul de su dicha se iba a teñir de rojo intenso.

* * *

El doctor Quagley encontró un sitio para aparcar su coche a unos cincuenta metros del Globe, uno de los restaurantes más acreditados de Stillton. Saltó al suelo y caminó a pie por la acera, ágil, optimista, eufórico.

Su elevada estatura le permitió divisar a lo lejos los rubios cabellos de Ann, su esposa, que se encaminaba hacia el restaurante en dirección opuesta. Ninguno de los dos esposos se fijó en el hombrecillo de cara de rata que caminaba aprensivamente, tratando de ocultarse entre el gentío que transitaba a aquellas horas por la acera de Indian Street.

Quagley levantó la mano, agitándola para que la viera su esposa. Ann contestó de la misma manera. El pesado medallón de oro, simulando una joya azteca, que su esposo le había regalado por su cumpleaños, emitió un vivo destello rojo al ser herido por la luz de un neón próximo.

La distancia entre los cónyuges era de unos veinte metros. El hombrecillo de cara de rata caminaba apenas a cuatro pasos delante de Ann.

Súbitamente, dos sujetos se aparecieron delante del individuo, de cara de rata. Los dos se cubrían con sombreros de alas bajadas y empuñaban sendas pistolas. Sin previo aviso, empezaron a disparar contra el hombrecillo de cara de rata.

Este chilló agudamente, pero sus gritos fueron acallados por el fragor de las detonaciones. La gente gritó y corrió alocadamente, dispersándose en todas direcciones. Un cristal estalló con musical

estrépito y sus trozos sembraron la acera de menudos pedacitos brillantes.

La calle quedó desierta en pocos segundos. El hombrecillo de cara de rata quedó tendido de costado sobre el asfalto, arrojando ríos de sangre por las numerosas heridas recibidas.

Los pistoleros huyeron en un coche que ya les aguardaba, antes de poder ser identificados siquiera. Cuando el escándalo hubo pasado medianamente, Quagley se lanzó a buscar a su esposa. Pronto la encontró. Yacía en el suelo, los rubios cabellos extendidos sobre el gris pavimento y una mano crispada sobre el medallón de oro, siniestramente perforado en el centro.

# CAPÍTULO II

EL doctor Quagley suspendió sus paseos. Un hombre acababa de salir por la puerta frontera con unas radiografías en sus manos.

—Venga conmigo, doctor —dijo el hombre.

Quagley asintió. Los dos pasaron a una estancia vecina. El doctor Brawson, uno de los más reputados cirujanos de Stillton, colocó la primera radiografía sobre una pantalla luminosa.

El corazón destacó al instante. En su lado izquierdo, un poco hacia abajo, se divisaba una manchita negra, alargada, de medio centímetro de ancho por dos de largo.

—¿Qué es eso, doctor Brawson? —inquirió.

—Sencillamente, una esquirla metálica. Está incrustada en el ventrículo derecho.

A su pesar, Quagley tragó saliva. No era la herida en sí, sino el modo de extraer aquel trozo de metal incrustado en la víscera vital lo que le preocupaba.

Brawson cambió de radiografía. Ahora el corazón se veía de perfil. La esquirla no había perforado la pared del ventrículo, aunque sus bordes internos estaban muy cerca de lograrlo. Era preciso operar para extraer aquel cuerpo extraño que en cualquier momento podía causar la perforación, y, por lo tanto, una hemorragia de consecuencias fatales.

—Pero, ¿cómo ha podido suceder tal cosa, doctor? —preguntó el joven, tremendamente angustiado.

—Sólo hay una explicación, querido colega: el medallón.

—¿El medallón? —repitió el joven, un tanto estúpidamente.

—Así es, doctor Quagley —contestó Brawson—. La joya quizá le

salvó la vida, aunque el orfebre es un chapucero. El oro está muy mal batido y al chocar el proyectil contra la placa del medallón, se desprendió una esquirla, que es la que ha ido a incrustarse en el corazón.

—Pero el medallón debía haber sido atravesado por el proyectil —alegó el joven.

—No, cuando éste impacta después de un rebote.

Quagley comprendió. De haberse tratado de un disparo directo, el proyectil habría atravesado el medallón primero y el corazón después, matando a Ann en el acto. De esta forma, aún tenían una posibilidad de salvarla.

—¿Y bien? —dijo—. Yo mismo…

Brawson meneó la cabeza.

—Usted es el esposo, querido colega. Está nervioso, excitado, y sus movimientos serían torpes e imprecisos. En estos momentos, yo permitiría operar mejor al más zoquete de los cirujanos antes que al esposo de la víctima, pese a su reconocida competencia. No obstante, si usted insiste… Pero en tal caso, declino toda responsabilidad, doctor Quagley —concluyó Brawson, con tono firme.

Con gesto mecánico, Quagley se pasó el dorso de la mano por los labios.

—El doctor James… —sugirió débilmente.

—El doctor James está preparándose ya para la intervención. ¿Quiere usted asistir, doctor Quagley?

* * *

El silencio era absoluto en el quirófano. Vestidos de blanco de pies a cabezas, médicos y enfermeras actuaban con la precisión de un reloj suizo, como un equipo entrenado al máximo. A pesar de que cientos de veces había asistido y sido protagonista de una escena semejante, el joven creía estar soñando. Era muy distinto contemplar en la mesa de operaciones a la mujer a la cual amaba que a un paciente extraño.

La paciente respiraba con alguna dificultad. Dormida primero con pentotal, el doctor James había elegido como anestésico una mezcla de oxígeno y éter. El campo operatorio estaba al descubierto. En el quirófano reinaba una temperatura tropical, a fin de evitar complicaciones peligrosas por culpa del frío.

El doctor James trazó con el bisturí una incisión inicial desde la segunda a la quinta costillas. Los ayudantes, Brawson y Mac Donald, separaron la piel y los músculos, cortando con pinzas y crinas las menudas hemorragias producidas.

El crispante sonido de las cizallas al cortar las costillas resonó terroríficamente en los oídos del joven. De vez en cuando se escuchaba la calmosa voz del anestesista suministrando los datos precisos sobre la presión, respiración, ritmo cardíaco y temperatura.

Las condiciones anatómicas particulares de la víscera cardíaca, permiten llegar hasta la misma sin necesidad de abrir las dos cavidades pleurales, por lo que es posible poner al descubierto el corazón, sin que el aire penetre en la cavidad torácica y los pulmones sufran un colapso fatal. Con todo cuidado, el doctor James despegó los repliegues de la pleura del pericardio, primero en el lado derecho y luego en el izquierdo, apartándolos lateralmente bajo las costillas y el esternón.

Los ayudantes mantenían con los separadores la abertura, a la derecha, bajo el esternón y a la izquierda, bajo las costillas, y así abrían en todo lo posible la región donde debía actuar el cirujano. La herida semejaba la enorme boca de algún fantástico animal, pero de este modo, el doctor James, sin excesivas dificultades, tenía a mano todas las partes del corazón.

Las voces de mando del cirujano jefe sonaban rápidas, lacónicas. La enfermera asistente, perfectamente entrenada, pasaba el instrumento preciso casi antes de que se lo pidieran. De pronto, el corazón entero quedó al descubierto.

—Observación —dijo de pronto el doctor James.

Dos enfermeras levantaron la mesa de operaciones y dieron la vuelta a la paciente, la cual quedó acostada sobre su lado derecho, sujeta con correas a la mesa. Las enfermeras y los ayudantes acercaron dos aparatos de Rayos X, situándolos a ambos lados de la paciente. Dos médicos ayudantes dispusieron, frente a cada radioscopio, sendos cajones con pantallas radioscópicas, a fin de examinar las radiografías obtenidas con anterioridad. El osciloscopio emitía sus «pip-pip» con toda regularidad.

Un extremo de la caja se apoyaba en el pecho de la paciente y un médico podía presenciar por el extremo opuesto la imagen radiográfica. Esta disposición no permitía la entrada de la luz, de

modo que las imágenes podían presenciarse como en una cámara oscura, sin interferencias luminosas.

Una vez puesto el dispositivo en funcionamiento, cada uno de los radiólogos tenía ante sus ojos una imagen distinta del cuerpo extraño y cada uno, asimismo, lo veía en un plano distinto. Ahora había llegado el momento culminante.

Unas pinzas aparecieron en la pantalla. La mano del doctor James se movió suavemente. El radiólogo de la derecha dijo:

—Un poco más abajo, doctor. Medio centímetro…

Las pinzas se movieron en silueta. Sus dos ramas en V invertida se aproximaron al cuerpo extraño.

—Un par de milímetros a la izquierda… Así, ya lo tiene agarrado, doctor James.

Quagley respiró aliviado. Prácticamente, podía decirse que la operación estaba concluida.

—No sale —gruñó James, de pronto.

El joven sintió un frío glacial recorrerle la espalda. ¿Qué pasaba?

—Los bordes irregulares de la esquirla actúan a manera de garfios sobre las paredes del ventrículo —dijo el operador. Se enderezó de pronto—. Voy a tener que incidir —dijo, lanzando las pinzas a un lado.

Quagley se espantó. Él mismo había practicado más de una incisión en la víscera y conocía los riesgos que la intervención ofrecía; Como en una pesadilla, oyó la voz de James:

—Posición normal.

Los rayos X y los radioscopios fueron apartados. James levantó la mano derecha, luego la izquierda. Con sendos golpes secos, la enfermera asistente le puso en ambas primero un bisturí y luego unas pinzas.

—Atención a la presión —dijo James.

El anestesista movió la cabeza afirmativamente. Abrió una espita y unos cuantos centímetros cúbicos de plasma pasaron a las venas de la paciente.

En medio de la sangre se vio un diminuto destello dorado. El bisturí se hundió lentamente en los músculos del corazón. La mano izquierda de James sujetó la esquirla, siguiendo los vaivenes del ritmo sistólico. Todos cuantos se hallaban presentes seguían la operación sin atreverse a respirar.

—Sudor —dijo James.

Una enfermera le limpió la frente. James apretó los labios debajo de la máscara de gasa estéril. La esquirla se hallaba firmemente incrustada en los duros músculos cardíacos.

El bisturí profundizó más todavía. La incisión medía dos centímetros y medio. Ella misma se abría por sí sola, pero no brotaba sangre de la herida.

James mascullo algo entre dientes. La esquirla resistía. Tuvo que agrandar la incisión. Bajo su mascarilla anestésica, la paciente respiraba casi con plena normalidad. Según las indicaciones de los instrumentos, el anestesista administraba más oxígeno o más éter. Los «pip» del osciloscopio sonaban por encima de las cortas y secas voces del operador.

El corazón se puso a latir de pronto desenfrenadamente. Por el contrario, Quagley creyó que el suyo se paraba.

—Novocaína —dijo James.

Un ayudante dejó caer unas gotas de la droga sobre el corazón, que dejó de agitarse. James profundizó dos milímetros más con el bisturí. De pronto, dio un tirón seco…

La esquirla salió. James la enseñó en alto triunfalmente, sosteniéndola con las pinzas.

—Catgut —pidió el operador.

Una enfermera le quitó el bisturí y las pinzas. La asistente le entregó la aguja ya enhebrada. La incisión fue cosida rápida y brevemente.

James se retiró un paso, riendo satisfecho bajo la máscara.

—Doctor Quagley —dijo—, cuando su esposa esté sana y salva, dígale que vaya a un buen cirujano estético. Será todo lo que necesite.

Los ayudantes se afanaban ahora por cerrar la brutal herida. Quagley respiró profundamente. Ann se salvaría.

En unos minutos más, la paciente quedó lista para ser sacada del quirófano. Súbitamente, se oyó un aullido.

—¡Doctor, la enferma no respira!

James se volvió en el acto como una fiera. El anestesista se precipitó sobre la muñeca de Ann.

—El pulso no se percibe, doctor —exclamó, sombríamente.

Ann ya no respiraba. Quagley creyó que se moría.

—¡Pronto, a la mesa de nuevo! —gritó James—. Anestesista, oxígeno puro con una cánula en la tráquea. Fijen la cánula, rápidamente.

Mientras hablaba, se había apoderado de unas tijeras y cortaba despiadadamente los vendajes.

—El electroshock.

Cuando el corazón falla, jamás vuelve por sí solo a reanudar sus latidos. Era vital ponerlo en funcionamiento cuanto antes, enviar de nuevo la sangre al cerebro, antes de que éste sufriese lesiones irreparables. Con las mismas tijeras, James cortó las suturas del pecho. Los ayudantes ya estaban listos para repetir la separación anterior.

El corazón quedó al descubierto de nuevo. Espeluznado, Quagley se dio cuenta de que ya no se movía… Sí, se movía, pero no era una elevación y un descenso normales. Sólo parte de los músculos cardíacos tenían movimiento, es lo que se llama fibrilación ventricular, preludio de una muerte inmediata si no se consigue reanudar una función normal.

Mientras tanto, el anestesista había introducido una sonda en la tráquea de la paciente y la hacía respirar oxígeno puro, comprimiendo y dilatando con la mano una bolsa de goma alimentada por la botella de oxígeno. La anestesia era innecesaria. Prácticamente, Ann Quagley había fallecido.

—Novocaína —pidió James.

La enfermera le entregó una jeringuilla ya preparada.

James introdujo la aguja lateralmente a través del corazón en el ventrículo izquierdo y apretó el émbolo, sin que ocurriera nada. El corazón, ya ligeramente azulado, continuó con sus calambres espasmódicos.

Uno de los ayudantes dijo:

—Listo el electroshock, doctor.

—Los electrodos, pronto.

Eran dos discos de metal, que colocó sobre y debajo del corazón.

—Preparen una dosis de adrenalina. Vamos a usarla inmediatamente… Corriente, un amperio.

—Listo, doctor.

Una enfermera colocó bajo los pies del operador una esterilla de goma. James ordenó:

—Retiren las manos para evitar cualquier descarga.

Los ayudantes obedecieron en el acto. Ninguno estaba ahora en contacto con la paciente. James mantenía en su mano la llave del electroshock. Dio media vuelta y lanzó la primera descarga durante una fracción de segundo, lo cual provocó un movimiento del corazón.

Un momento después, lanzó la segunda descarga y luego la tercera. El cuerpo de Ann Quagley fue sacudido por los terribles shocks y sufrió unos espantosos calambres. El corazón quedó quieto, hundido, sin el menor movimiento.

—Adrenalina —dijo James, tendiendo la mano derecha.

El operador introdujo la aguja en la pared del corazón, inyectando la droga que lo excita como ninguna otra. La enfermera le quitó la jeringuilla al terminar de poner la inyección.

—Esto no reacciona —barbotó James—. Alcohol, deprisa.

Se retiró un paso y con gestos furiosos se arrancó los guantes. Extendió las manos y las puso bajo el chorro del alcohol, frotándoselas vigorosamente.

—Tengo que dar masaje —anunció.

Los dedos de James atraparon la víscera. Empezaron a moverse rápidamente, comprimiendo y aflojando a un ritmo de cien a ciento veinte por minuto. Una enfermera le enjugó el abundante sudor que le corría por la frente.

Quagley rezaba en su interior. Conservaba una remota chispita de esperanza, pero su experiencia quirúrgica le decía que Ann estaba perdida, perdida sin remedio.

Transcurrieron cinco agónicos minutos. La mano de James continuaba con su esfuerzo.

—Me estoy cansando —dijo.

—Yo le relevaré —se ofreció Brawson.

Se colocó al lado de James. Este se hizo a un lado. Brawson agarró el corazón y continuó el masaje. El silencio era absoluto.

A los diez minutos, la cosa seguía igual. El rostro de Ann Quagley aparecía cerúleo. Sus ojos estaban cerrados y no se percibía en ella el menor movimiento.

* * *

Ann Quagley ya no se reanimó. Por alguna razón ignorada, misteriosa, su corazón se había parado y ya no volvió a latir. Quizá

un fallo en el sistema del gran simpático, una relajación en los músculos motores… El doctor James mismo no supo explicárselo satisfactoriamente al abatido Quagley.

Brawson estaba presente. El joven permanecía sentado, con los codos en las rodillas y la cabeza hundida en las manos. Le parecía imposible que Ann, su Ann hubiese muerto. No acababa de creer que ya no volvería a escuchar su incesante parloteo, su risa cristalina, sus murmurantes frases de amor en la intimidad conyugal… Ann no era ahora más que un pedazo de carne blanca y fría.

Brawson carraspeó.

—Doctor…

Quagley levantó la cabeza. Sus ojos miraban torpes, vidriosos.

—Tiene que rehacerse y ser fuerte. James hizo todo lo que pudo. De vez en cuando ocurren cosas como esta, que no tienen explicación científica posible. Todo se hizo *secumdum lege artis*, y, sin embargo, su esposa falleció. Los médicos de hoy día creemos que lo sabemos todo, pero quedan tantas y tantas cosas en el organismo humano que desconocemos por completo…

—Me siento miserablemente fracasado —dijo James, con sinceridad.

—Usted lo hizo bien —musitó el joven. Se puso en pie lentamente—. Actuó exactamente como yo lo hubiera hecho, y yo no hubiese podido poner las manos sobre ella ni para extirparle el menor quiste.

James le ofreció una copa. Quagley la despachó de un trago.

Dirigió su vista hacia el cirujano.

—Usted lo dijo antes muy bien, doctor Brawson. Creemos que sabemos todo, cuando en realidad ignoramos la mayoría de las cosas. ¿Por qué esos pistoleros tuvieron que asesinar a su víctima a seis pasos de mi esposa? ¿Qué casualidad la llevó a caminar detrás de la víctima? ¿Por qué la bala tuvo que rebotar de tan extraña manera y tropezar con el medallón que yo había regalado a Ann para su cumpleaños? Quizá sin el medallón, la bala hubiese penetrado oblicuamente en su pecho, causándole una herida grave, aunque no necesariamente mortal. Quizá sin su insistencia en ir a cenar al Globe, no hubiese estado presente en el momento del tiroteo. Quizá si yo me hubiese mostrado un poco más fuerte,

habría acudido a las ocho menos cuarto, como era mi deseo, en lugar de las siete y media. Pero son demasiados «quizá». Esto no es una seguridad, sino simples y fútiles elucubraciones acerca de lo que hubiera podido ser y no fue. Lo que ha pasado, ha pasado, y nada ni nadie puede remediar el futuro.

Sus ojos llameaban.

—En cambio, sí hay una cosa absolutamente segura: que alguien disparó y Ann murió. No me interesa la mano que movió el gatillo del arma mortífera. Me interesa la mano que pagó a la otra mano. ¡Y yo encontraré a su dueño y le daré el castigo que se merece!

Acto seguido, el joven dio media vuelta y salió bruscamente de la habitación.

Brawson alargó el brazo.

—¡Doctor Quagley!

Pero el joven ya no le oía. Brawson movió la cabeza.

—Ha sufrido un golpe muy duro —murmuró.

—Y pensar que estuvo a punto de salvarse —dijo James, sombríamente—. ¿Por qué, por qué tuvo que morir cuando prácticamente estaba ya salvada?

Aquella pregunta no tenía respuesta.

# CAPÍTULO III

## ¿GUERRA DE PANDILLAS?

ESPOSA de afamado cirujano muerta en tiroteo entre pandilleros. Dos sospechosos detenidos como presuntos autores de la muerte de Belt Garris y de mistress Ann Quagley

Las regordetas manos de Hash Kirpett estrujaron el periódico y lo lanzaron a un lado, hecho una pelota.

—¡Bastardos imbéciles! ¡Dejarse atrapar por la policía!

Hash Kirpett era un hombre de cincuenta años, grueso, apoplético, de mirada dura como el pedernal y con los mismos sentimientos de una tortuga. Estaba sentado en una lujosa estancia, con una mesa cargada de vasos y botellas al alcance de su mano. En pie, frente a él, había tres hombres de distintas cataduras, ninguno de los cuales se sentía muy tranquilo delante de su jefe.

—No hay ningún testigo que los haya reconocido —apuntó uno de los sujetos, un tal Brassum, hombre que vestía continuamente de negro, como si fuese el empleado de una funeraria, de rostro huesudo y ojos negros como la ropa que llevaba. Hablaba tan reposadamente como un pastor luterano, pero desconocía el significado de la palabra piedad, cuando de aplicarla a sus enemigos se trataba. Oficialmente, era el contable jefe de Kirpett, pero en realidad, era el ejecutor jefe de las sentencias de muerte que dictaba el *gangster*.

Los otros dos respondían a los apodos de «Granito» y «Dallas». El primero porque parecía una roca de Granito vestida de hombre y el segundo por el lugar de su nacimiento, en Tejas. «Dallas» era de regular complexión y aspecto innocuo, pero en ferocidad de

sentimientos dejaba atrás a Brassum.

—Leaven y Grossetto no hablarán, jefe —dijo «Granito»—. Son sólidos como bloques de cemento, y, además, si no hay pruebas, tendrán que ponerlos en libertad.

—¿Por qué tuvieron que eliminar a Garris en un lugar tan céntrico y a una hora tan concurrida? —estalló Kirpett. Había otro periódico sobre la mesa, con la efigie de Ann Quagley en primera plana—. Esto nos va a perjudicar mucho. El doctor Quagley es una persona muy apreciada en la ciudad.

—¿A quién va a perjudicar? —exclamó Brassum—. No pueden relacionarle con Leaven y Grossetto, señor Kirpett. Dirán que se trata de un ajuste de cuentas, ya lo verá. Y ahí parará todo, se lo aseguro.

—Ponme de beber —masculló Kirpett, rabiosamente, «Dallas» se apresuró a cumplir la orden—. Ese maldito Leroy sabrá así que no es bueno meterse conmigo, pero, ¡condenación!, la muerte de la señora Quagley me tiene preocupado.

—Aunque declarasen contra usted, tampoco pueden probarle nada, jefe —dijo «Granito», adulador—. Leaven y Grossetto son forasteros. El muerto vivió en Chicago hace años. Se supone que en tiempos tuvieron diferencias. Nada más justo que Leaven y Grossetto quisieran saldarlas, eso es todo.

—¿Y la policía? ¿Te figuras que está formada por un pelotón de estúpidos? Sí, puedo salir libre, aunque esa pareja declare contra mí, pero el escándalo me perjudicará terriblemente. Pienso postular para las próximas elecciones a concejales. ¿Quién diablos querrá elegir a un jefe de pandilleros? La Prensa hablará de mí y me pondrán por los suelos. No podrán demostrarme nada, en efecto. Pero en lugar de ascender políticamente, tendré que conformarme con seguir dirigiendo el negocio del *night-club* y las apuestas en el hipódromo. Y yo quiero más, mucho más… Negocios legales, legítimos, sin competidores, claro está. En mi posición actual, no lo puedo conseguir del todo, pero siendo concejal…, nadie podría levantarme la voz. Y ahora van esos malditos estúpidos y matan a la mujer del casi mejor médico de Stillton.

El zumbador de la puerta sonó de pronto, cortando en seco la apasionada perorata del *gangster*. Tres pares, de ojos se dirigieron inmediatamente hacia la puerta del vestíbulo.

—Anda a ver, «Dallas» —murmuró Brassum.

El pistolero se dirigió hacia la entrada. Unos segundos después, alguien irrumpía alocadamente en la estancia.

—¡Papá!

Kirpett se puso en pie, con los ojos desorbitados por el asombro.

—¡Enid! ¡Muchacha!

Una linda joven, de rostro agraciado y brillantes cabellos negros, cruzó la habitación como un meteoro, arrojándose en los brazos del *gangster* y besándole con fuerza en ambos carrillos.

—¡Papá! ¡Pero qué bien te conservas! Los años no pasan para ti, te lo aseguro.

Kirpett trató de recuperarse y sonrió.

—Me has dejado de una pieza, hija. ¿Cómo es que has vuelto de Europa tan pronto?

—¿Tan pronto? Papá, me he pasado allá cinco años interminables. Empezaba ya a cansarme, de modo que arreglé las maletas y me vine para acá. ¿No te agrada que te haya dado una sorpresa?

—La sorpresa me agrada, hija, pero lo que ya no me gusta tanto es que hayas venido de forma tan súbita, interrumpiendo tus estudios.

—¿Quién habla de estudios interrumpidos? Cuando abra el equipaje te enseñaré mi diploma. Estoy graduada en Artes y… Pero, bueno, ¿es eso todo lo que tienes que decirme, viejo gruñón y gordinflón?

—Está bien, está bien, diablillo —sonrió el *gangster*, pellizcándola en una mejilla—. Celebro que hayas vuelto, es verdad. Confieso que la sorpresa me ha aturdido un poco, pero… Bueno, si estás aquí, lo demás no importa.

—Me alegro que lo tomes en ese sentido, papá —exclamó la muchacha, enormemente satisfecha.

De pronto, se dio cuenta de que no estaban solos en la habitación. Kirpett advirtió el gesto de su hija y presentó a los tres individuos como sus tres principales empleados del night-club.

—Mucho gusto, amigos —dijo ella, sonriendo encantadoramente —. Supongo que me ayudarán a pasar el equipaje a mi habitación.

—No faltaría más —dijo «Dallas», cortésmente—. Vamos, «Gra…», digo Jack.

Momentos después, los dos pandilleros penetraban abrumados bajo el peso de una montaña de bultos. Enid Kirpett exclamó:

—Papá, supongo que tendré la misma habitación de años atrás, cuando venía a Stillton a pasar mis vacaciones.

—Claro que sí, hija. La he conservado tal como quedó cuando marchaste a Europa.

—¡Qué estupendo! —suspiró ella, gozosamente—. Bien, ahora voy a darme un buen baño y luego nos iremos a comer a un restaurante para celebrar mi vuelta. ¿Te parece bien, papá?

Kirpett vaciló. La ocasión era la menos indicada para dejarse ver en público.

—Anda a asearte, hija —eludió una respuesta decisiva—. Luego hablaremos más extensamente.

Enid miró a su padre y se extrañó de verle con el ceño tan arrugado.

«Preocupaciones del negocio, sin duda», pensó.

* * *

«Granito» y «Dallas» salieron del interior del apartamiento. El primero cerró cuidadosamente la puerta. Los dos se acercaron a su jefe. Brassum permanecía en pie, pétreo, inescrutable.

—Cuidado con los deslices —gruñó el *gangster*—. Ella no sabe nada, excepto que soy un respetable hombre de negocios.

—Si la Prensa empieza a hablar de usted, jefe…

—¡Señor Kirpett! —rectificó el pandillero, irritado—. No quiero que delante de ella empleéis expresiones semejantes. Y en cuanto a lo de la Prensa, ya veremos de arreglarlo.

Brassum sacudió la cabeza.

—A la larga, terminará por saberlo —manifestó—. A menos que usted la envíe fuera de Stillton durante una buena temporada; no veo cómo ocultárselo eternamente.

—En todo caso, eso es cuestión mía —refunfuñó Kirpett—. Vosotros dejad que yo…

El zumbador de la puerta interrumpió bruscamente sus palabras. Los forajidos se miraron unos a otros con cierta aprensión.

«Dallas» metió la mano en el interior de la chaqueta. Brassum hizo un gesto.

—Quieto, yo iré —se ofreció.

Echó a andar hacia el vestíbulo. Cruzó la habitación y la pieza

indicada y llegó a la puerta. Miró a través del ocular de la mirilla, dándose cuenta de que había un individuo vuelto de espaldas, cuyo aspecto le resultaba desconocido.

Por si resultaba enemigo, sacó un revólver de cañón corto y calibre 38, que colocó en el bolsillo derecho de su chaqueta. Luego abrió de golpe.

—¡Cristo! —exclamó.

—Un poco menos —contestó apaciblemente el sujeto. —Solamente el doctor Quagley.

Brassum estaba tan aturdido, que no sabía qué hacer. El joven siguió:

—Quiero ver a Kirpett.

—No está —dijo Brassum.

Quagley avanzó un par de pasos.

—Es igual. Esperaré.

Los dos hombres se miraron frente a frente durante algunos segundos. Brassum supo reaccionar al cabo.

—Escuche, doctor Quagley. He leído los periódicos y siento…

Al joven le resultaba difícil contenerse. Sus primeras intenciones fueron las de saltar al cuello del pistolero y retorcérselo como a un pollito. Sin embargo, supo refrenar sus instintos, diciéndose que no había venido a convertirse en un asesino.

—Échese a un lado. Si Kirpett no está en casa, lo esperaré —atajó, secamente.

—Vuelva otro rato. —Brassum era leal a su jefe y trataba de defenderlo—. En estos momentos no se encuentra en su casa.

—No me diga qué es lo que debo hacer y lo que no debo hacer —exclamó Quagley, ásperamente—. Esperaré y eso es todo. ¿Entendido?

—Supóngase que no quiero admitirlo —manifestó el pistolero, en tono desafiante.

Quagley empezó a hartarse. Miró a Brassum y se dio cuenta de que el hampón tenía la mano derecha metida en el bolsillo de la chaqueta. Por otra parte, estaba seguro de que Kirpett se hallaba en aquellos momentos en su domicilio.

Recién graduado en Medicina, había estado adscrito durante tres años a la infantería de Marina, en donde había alcanzado el rango de cirujano de batallón. Los instructores del Marine Corps le habían

enseñado numerosos trucos de lucha en los ratos que el joven se dedicaba a practicar deporte para mantenerse en forma. Fresca todavía en su imagen la mente de su esposa muerta, Quagley sintió que una oleada de ira hervía en su pecho y movió la mano derecha en corto semicírculo, con gesto velocísimo, imprevisto.

El filo de la mano alcanzó el caballete de la nariz de Brassum, produciéndole un dolor vivísimo y haciéndole perder momentáneamente la visión, a causa de las lágrimas que inundaron sus ojos en el acto. Brassum gruñó algo, pero no tuvo tiempo de seguir protestando. Quagley lanzó un devastador puñetazo a su estómago que lo dobló en dos y concluyó la fiesta con un seco puñetazo tras la oreja derecha. El pistolero se derrumbó como un fardo.

Quagley echó a andar hacia la puerta inmediata, en el preciso momento en que «Granito» aparecía bajo el dintel. Al ver a su compañero tendido en el suelo, «Granito», incapaz de reconocer al recién llegado, echó mano a su pistola.

Quagley le lanzó una silla que alcanzó al paso. A fin de evitar el choque, «Granito» retrocedió, trastabilló y estuvo a punto de caer al suelo.

El joven le agarró por el cuello de la chaqueta. Levantó el codo derecho, estrellándoselo bajo la nuez. Usó la rodilla derecha y se la clavó al pandillero en la ingle. «Granito» era un sujeto berroqueño, pero los golpes que le asestaba el joven poseían una potencia devastadora, a pesar de no haberles aplicado toda su fuerza física, ya que estaban destinados a inutilizar, no a matar, tal como le habían enseñado en la infantería de Marina. Antes de que «Granito» supiera exactamente lo que le ocurría, se encontró tendido en el suelo, completamente inconsciente.

Quagley pasó por encima de su cuerpo y penetró en la habitación contigua. «Dallas» le miraba fríamente por encima del cañón, de su pistola.

El joven no se inmutó. Sus ojos estaban fijos en el grueso individuo que se hallaba sentado a la derecha del pistolero.

—¿Es usted Hash Kirpett? —preguntó.

El pandillero asintió lentamente. Estaba asombrado y estupefacto por aquella visita, totalmente inesperada, y no tenía la menor idea de lo que pretendía el joven médico al acudir a su

domicilio.

—Usted es Neil Quagley —dijo, vacilante.

—El mismo —respondió el joven—. Dígale a su monigote que baje la pistola, si no quiere que se la meta por la boca y se la haga tragar con los cartuchos de repuesto que debe llevar sin duda por los bolsillos.

—¡Escuche, condenado matasanos! —barbotó «Dallas».

—Cierra el pico —gruñó Kirpett, ásperamente— y no lo abras hasta que yo te dé permiso para ello. —Se enfrentó con el joven, sin moverse de su sillón—. ¿Y bien, doctor Quagley?

—¿No se imagina a qué he venido a verle, Kirpett? —preguntó el joven.

—Doctor, si piensa que yo tengo algo que ver con lo sucedido, se equivoca. Siento mucho lo que le ocurrió a su esposa, pero yo…

Quagley se acercó lentamente al pandillero. «Dallas» movió nerviosamente la mano armada.

—Doctor, no se mueva —le intimó, tremendamente nervioso.

Quagley no hizo caso de la orden. Llegó a dos pasos de distancia del cabecilla y se inclinó ligeramente hacia él.

—Quería solamente conocer al hombre que tiene la culpa de la muerte de mi mujer. Simple curiosidad… ¿Comprende, Kirpett?

# CAPÍTULO IV

HUBO unos momentos de silencio. Kirpett se sintió molesto bajo la dura mirada de su visitante y se removió inquieto en su asiento.

—¿Cómo sabe que yo puedo tener algo que ver con la muerte de su esposa? —preguntó, con voz en la que latía una clara nota de desasosiego.

—Tengo buenos amigos en la policía —contestó Quagley—. Ellos me lo han dicho.

—Suposiciones sin fundamento —protestó Kirpett—. Soy un honrado hombre de negocios. Todos mis asuntos están claros y diáfanos. No tengo que temer nada ni de nadie.

Quagley exhaló una agria risita. Kirpett se puso del color de la langosta cocida al darse cuenta de la futilidad de sus protestas.

—De modo que no tiene que temer a nada ni a nadie —repitió el joven—. Entonces, eso que sostiene ese monigote en las manos es un ramo de flores para darme la bienvenida, Kirpett.

—¡Maldito seas! —barbotó el pandillero—. ¡Te he dicho que guardes ese trasto, «Dallas»! ¡Obedece en el acto, pronto!

El pistolero cumplió la orden con gesto de renuencia. Sus ojos arrojaban llamas de odio.

—Está bien, doctor —gruñó Kirpett—. Diga de una vez qué es lo que quiere. Ya le he expresado mi condolencia y le he dicho que yo no tengo nada que ver con lo sucedido. Se trata de un desgraciado accidente del cual no se me puede imputar nada.

El joven procuró contenerse.

—Está mintiendo descaradamente, Kirpett. Pero me da igual. Sólo vine, como dije antes, a conocer al hombre que mató a mi

esposa.

—¡Fue un accident…!

—¡Cállese! —tronó Quagley—. Sí, fue un accidente, un estúpido accidente, pero motivado por la satisfacción de unas rencillas personales con el hombre para el cual trabajaba el muerto. ¿Cree que no he averiguado todo antes de venir a verle, Kirpett? Sé de usted muchas más cosas de las que cree y si piensa que la policía no está enterada de sus trapisondas, es que es idiota de nacimiento. Lo que sucede es que no le pueden probar nada y por ello sigue libre y cometiendo sus fechorías, ocultas bajo la respetable capa de un negocio legal.

«Ahora escúcheme bien lo que tengo que decirle… No voy a vengarme personalmente en el sentido físico, se entiende. Podría pegarle dos tiros o retorcerle el cuello con mis manos o cortarle la carótida con un bisturí. Eso sería ponerme a su mismo nivel y yo no soy un asesino. Pero le aseguro que le arrumaré, le derrotaré; haré que la ciudad de Stillton conozca bien la clase de canalla que es Hash. Kirpett, el supuestamente honesto individuo que aspira a triunfar en la política local con objeto de ampliar más todavía el campo de sus turbios negocios; que las gentes honradas conozcan que el sujeto que aspira a gobernarlas sepan que es un vulgar ladrón, asesino, estafador, traficante de drogas y mil cosas más. Entonces, cuando todo el mundo está enterado de quién es, cuando las gentes sepan con claridad cuál es su verdadera catadura, usted se verá arruinado y tendrá que emigrar de aquí, si antes no he conseguido probar que es suya la mano que pagó a los pistoleros que mataron a mi esposa. Esa y no otra será mi venganza, Hash Kirpett. Y ni usted ni ninguno de sus bastardos gorilas podrá impedirlo, a menos que me mate aquí mismo, cosa que no hará, no por falta de ganas, sino porque le conviene saber que tengo abajo esperándome un coche de patrulla de la policía. ¿Comprende?

Quagley hizo una corta pausa para tomar aliento.

—Así que ya lo sabe, maldito asesino —imprecó—. ¡Váyase de Stillton! ¡Váyase antes de que sea demasiado tarde para usted o…!

Las palabras del joven fueron cortadas bruscamente por una voz vibrante de indignación.

—¡Cállese! ¡Cállese usted en el acto!

* * *

Kirpett lanzó un agudo grito de rabia, a la vez que se ponía en pie con una agilidad impropia de su complexión. Quagley miró a la persona que acababa de hablar.

Era una joven de unos veinticuatro años, alta, muy esbelta, de tez blanca y cabellos intensamente negros, color que contrastaba singularmente con la líquida profundidad de sus verdosas pupilas. Las mejillas de la joven aparecían encarnadas a causa de la indignación que la poseía.

—¡Enid! ¡Vete adentro! ¡Inmediatamente! —gritó el *gangster*, loco de rabia.

—¡Espera un momento, papá! —dijo ella, avanzando desafiadoramente dos o tres pasos dentro de la estancia. —Acabo de oír que este caballero te ha hecho objeto de ciertas imputaciones que estimo calumniosas e insultantes para ti, y quiero escuchar una completa rectificación de sus labios.

—¿Quién es usted? —preguntó Quagley, hoscamente.

—Me llamo Enid Kirpett— declaró ella—. Soy la hija del señor Kirpett.

—Regresa a tus habitaciones —ordenó el pandillero perentoriamente—. Hija, lo que estamos tratando aquí no…

—¡Aguarde! —exclamó el joven—. Sí, que se quede. No se vaya, señorita Kirpett —añadió—. Y conviene que sepa la verdad, conviene que sepa la clase de padre que tiene usted. —divisó un periódico encima de la mesa de los licores y lo arrojó hacia ella violentamente—. Lea lo que pone ese diario, empápese bien de lo que dice y yo añadiré de mi parte lo que los periodistas no se han atrevido a escribir. Esa mujer que viene ahí retratada en la primera página era mi esposa. Su padre pagó a los asesinos que la mataron, y si no me cree a mí, vaya a Jefatura y enfréntese con el capitán Turnpike. Él le dirá cosas muy sabrosas, con toda seguridad.

El rostro de la muchacha se tomó del color de la ceniza. Sus manos temblaron y el periódico revoloteó crujientemente mientras caía al suelo.

—Papá —exclamó, comprendiendo que el joven había dicho la verdad.

—¡Te dije que volvieras adentro! —vociferó el *gangster*, lívido de ira.

Los labios de Enid temblaron. Fue a decir algo, pero Quagley se

anticipó:

—Creo que aquí ya no me resta nada que hacer —manifestó. Sus ojos se clavaron en el redondo rostro del *gangster*—. Recuerde lo que le dije, Kirpett: Márchese de Stillton o terminará mal. Si piensa que voy a desistir de mi venganza, es que no me conoce bien.

Hizo una seca inclinación de cabeza en dirección a Enid y abandonó la estancia. «Dallas» intentó salir tras él, pero Kirpett lo detuvo con seco gesto.

—Quieto —ordenó en tono imperativo.

Quagley llego a la puerta. Brassum terminaba de ponerse en pie en aquel momento y le miró con odio infinito. El joven inspiró profundamente, hinchando el pecho. De pronto, sin previo aviso, disparó su brazo izquierdo con terrorífica violencia, golpeando a Brassum en la cara con el dorso de la mano. El pandillero lanzó un aullido y cayó de espaldas, arrojando caños de sangre por boca y narices.

Acto seguido, el joven abrió la puerta y salió del apartamiento.

En la pieza contigua, Enid Kirpett se enfrentó con su padre.

—Papá —dijo lamentosamente.

—Ve a tu habitación, Enid —ordenó el pandillero.

—Pero quiero que me expliques…

—¡Otro rato! —mascullló Kirpett, terriblemente enojado—. ¡Ahora no! ¡Retírate y espera a que te llame!

Ella meneó la cabeza.

—Esta no es la acogida que yo me esperaba, papá —murmuró en tono dolido.

Giró sobre sus talones y abandonó la estancia.



*—¡Mató a una mujer!*

2 - MANOS

«Granito» se puso en pie momentos después. Brassum compareció casi en el mismo instante. Los dos forajidos aparecían terriblemente confundidos.

—Ese hombre me cogió por sorpresa —refunfuñó «Granito», sintiendo más el escozor de la derrota que el dolor de los golpes.

Hasta aquel momento se había considerado invencible en una lucha cuerpo a cuerpo.

Brassum se tapaba con un pañuelo, profusamente manchado de rojo. Sus facciones aparecían aún deformadas por el dolor, pero hombre experimentado y conocedor de las reacciones de su jefe, no quiso hablar hasta que lo hiciera Kirpett y conocer sus intenciones.

—Hay que quitar de en medio a ese maldito matasanos —gruñó «Dallas».

—Te cuidarás muy mucho de tocarle el pelo de la ropa —exclamó el pandillero, sorprendentemente—. Es decir, al menos hasta que llegue el momento oportuno.

—¿Qué es lo que piensa hacer, jefe? —preguntó «Granito», dándose masaje en el vientre.

Kirpett frunció el ceño.

—Si ahora le hiciéramos el menor daño, el clamor nos ahogaría. Es preciso esperar el instante adecuado, y, sobre todo, ver lo que piensa hacer él. Mientras no conozcamos exactamente sus propósitos, no podemos actuar. Ahora está muy excitado y es lógico, apenas han enterrado a su esposa esta mañana. Quizá se le pase la cólera dentro de algunas semanas y olvide todo. En tal caso, dejaríamos que siguiera su camino. Pero si insiste en interponerse en el mío —concluyó en tono amenazador—, lo barreré como el viandante aparta con el pie las hormigas que le estorban a su paso.

# CAPÍTULO V

NEIL QUAGLEY terminó su labor, y después de encender su cigarrillo, se reclinó en el sillón. Escasamente había transcurrido una semana desde la muerte de Ann y le parecía que había pasado un siglo desde entonces.

Estaba pálido y ojeroso. No había querido recurrir a los barbitúricos para conciliar al sueño y el resultado era que llevaba varias noches sin dormir satisfactoriamente. Cada vez que conciliaba el sueño, la imagen de su Ann, sonriente y feliz como en los mejores días de su matrimonio, se le aparecía con vivos colores, y se despertaba terriblemente sobresaltado, alargando los brazos para atrapar una figura que no era sino un producto de su sobreexcitada imaginación. En vano le habían recomendado algunas semanas de descanso, a fin de olvidar, o, por lo menos, atenuar el dolor que sentía. No había querido aceptar aquella solución y se había refugiado en el trabajo como medio mejor de borrar de su mente los dolorosos instantes por los que había pasado, que no el recuerdo de su esposa, muerta tan estúpidamente por unos desalmados sin moral ni conciencia.

El doctor James había hecho todo lo humanamente posible por salvarla, pero Ann había muerto por uno de esos imprevistos que se presentan a veces en los quirófanos, a pesar de todas las precauciones. No, no había que imputar a James la menor impericia o descuido. Toda la culpa debía recaer sobre el maldito Kirpett. ¡Este era el verdadero autor de la muerte de Ann!

El joven había hablado de venganza, aunque lo cierto era que no tenía ni la menor idea de por dónde debía empezar. Se consideraba

a sí mismo como inteligente, pero no tenía la menor noción de cómo se desarrollaba una investigación detectivesca. ¿Cómo iba a probar la relación de Kirpett con la muerte de su esposa? ¿Dónde hallar las pruebas suficientes que pudiesen inclinar a un jurado a dictar un veredicto condenatorio?

Los pistoleros autores de los disparos habían sido puestos en libertad. Un avispado abogado, seguramente a sueldo de Kirpett, había presentado un mandamiento de *habeas corpus*. Los testigos, coaccionados, intimidados o inseguros, no habían sido capaces de efectuar una identificación formal. En vista de ello, el capitán Turnpike no había tenido otro remedio que soltarlos. Esto consumía de ira al joven. De pronto, se le ocurrió que tal vez haciéndolos hablar…

Podía resultar una buena solución, aunque dudaba de su eficacia. Si a él le decían que sí y luego ante el jurado negaban, los resultados de su gestión podrían considerarse como nulos. Podía ofrecerles dinero, pero ninguno de los dos asesinos aceptaría una testificación contra sí mismo ante un tribunal. De todas formas, probando no perdía nada. Claro que primero tenía que encontrarlos. ¿Cómo, dónde y cuándo? He aquí el problema, se dijo, unos segundos antes de que el zumbador del interfono interrumpiera sus amargos pensamientos.

Tocó la palanquita de contacto. La voz de la enfermera Finney penetró al instante en su despacho.

—Doctor, hay tres caballeros que desean verle.

—¿Quiénes son?

—Se han negado a dar su nombre, pero insisten que es importante. No tienen hora convenida y…

—Está bien, Finney. Hágalos pasar.

—Muy bien, doctor.

Quagley aplastó el cigarrillo contra el cenicero. La enfermera abrió la puerta del despacho unos momentos después.

Tres hombres penetraron en la estancia. Uno de ellos, de mediana estatura, impecablemente vestido y de aire autoritario, avanzó rectamente hacia él, precediendo ligeramente a sus dos acompañantes. Quagley tuvo la impresión de que estos dos últimos eran meros comparsas… y pistoleros profesionales al mismo tiempo. Su aspecto era inequívoco.

—¿Doctor Quagley? —preguntó el individuo.

—El mismo. Siéntese, señor…

—Leroy, Will Leroy —contestó el sujeto, sentándose.

Los otros dos permanecieron respetuosamente en pie tras él, cosa que confirmó las primeras suposiciones del joven: que se trataba de dos asalariados de la pistola.

Y Leroy, el jefe del individuo que había sido asesinado por los pistoleros de Kirpett, los mismos que habían matado a Ann. Delante de él estaba otro de los culpables de la muerte de su esposa. Procuró contenerse, tratando de dar a su rostro una expresión cortés.

—Usted dirá, señor Leroy —manifestó rígidamente, sin pronunciar las frases de ritual.

No, no se sentía encantado de conocer al sujeto, aunque sí se alegrase de ello.

Leroy le miró fijamente.

—Tengo entendido que usted es el arrendatario de esta mansión, doctor Quagley.

—En efecto.

—He estado hablando con el administrador de la finca, señor Muldoney. Es bastante extensa y cubre desde la orilla del Sangamon hasta el pie de la colina, en el eje noroeste-sudeste, eje que tiene una longitud de unos trescientos cincuenta metros. De este a oeste, mide ciento setenta metros y forma, en conjunto, un polígono irregular de unos sesenta mil metros cuadrados, es decir, seis hectáreas, aproximadamente.

—Supongo, aunque es cosa que nunca me ha preocupado, señor Leroy.

El pandillero continuó.

—El parque es bonito, pero algo descuidado. Yo subsanaría ese descuido empleando un buen equipo de jardineros y silvicultores. Quedaría un lugar muy atractivo y propicio a la diversión y al bullicio.

—Es posible —contestó el joven—. De todas formas, no sé qué tienen que ver sus propósitos con mi casa.

—Se lo diré inmediatamente, doctor —manifestó Leroy—. He hablado con el administrador, como ya le he dicho. El señor Muldoney me ha dicho que posee usted todos los derechos de

usufructo a la mansión y al parque circundante por la ridícula cantidad de seiscientos cincuenta dólares mensuales, pagaderos por anualidades anticipadas.

—Es cierto —reconoció el jefe—. No tengo por qué negarlo y así consta en mi declaración de impuestos.

—Muy bien. En el contrato que usted tiene firmado con el señor Muldoney, como representante de los propietarios, se estipula que podrá ser prorrogado cuantas veces se desee, siempre que las partes contratantes estén mutuamente satisfechas; que el arrendador esté satisfecho del arrendatario y que el primero no aumente el precio del alquiler en una cantidad superior al cinco por ciento del total abonado durante el último año, aumento que deberá ser anunciado al menos con tres meses de antelación al término del año de alquiler, a fin de que el actual inquilino, es decir, usted, pueda resolver sobre su conveniencia de continuar o no en el uso de la mansión y su parque.

—Está usted muy bien enterado de los términos del contrato, señor Leroy —dijo el joven, fríamente—. Prosiga.

—El señor Muldoney, en nombre de sus representados, desearía vender la finca, pero hasta ahora no ha encontrado comprador dispuesto a pagar la suma exigida. Ahora, sin embargo, ha surgido ese comprador.

—Usted —apuntó Quagley.

—Exactamente —respondió Leroy.

—Bien, en todo caso, diré que celebro haber conocido al nuevo propietario de mi casa.

—Todavía no lo soy, doctor.

Quagley enarcó las cejas.

—¿Por qué?

—En mi opinión, el señor Muldoney cometió una insigne torpeza al aceptarle dos anualidades anticipadas. Usted obró bien, precaviéndose contra una posible fluctuación desventajosa en sus ingresos o contra un intento de aumento del alquiler. El caso es que si yo adquiero la propiedad, debo cargar con usted, metafóricamente hablando, por supuesto.

—Creo que empiezo a comprenderle, señor Leroy —murmuró el joven—. Usted lo que quiere es que me mude a otro sitio.

—Exactamente.

Hubo una pausa de silencio.

—¿Por qué tiene tanto interés en la finca, señor Leroy? —preguntó Quagley al cabo.

—Se lo diré —respondió el individuo—. He elaborado planes, grandiosos planes para crear sobre esta colina un lugar de diversión y recreo como no se ha conocido jamás en Stillton. En una semana, contando desde su marcha, el edificio quedará demolido. En doce semanas más, se alzará otro, de nueva planta, que será el llamémosle así, cuartel general de mis centros de diversión. Situaré cafeterías y restaurantes en lugar estratégicos, incluso uno flotante en el río, un motocine… En fin, usted mismo puede imaginarse qué es lo que puede hacer un hombre emprendedor con seis hectáreas de buen terreno, doctor Quagley.

—Cuando ese individuo se llama Will Leroy, en su cuartel general instalará mesas de juego, un cuarto con decenas de teléfonos para las apuestas clandestinas, y, muy posiblemente, se dedicará también al tráfico de drogas, amparado en el resto de los negocios legales. ¿No es esa su otra intención, señor Leroy? —preguntó el joven, incisivamente.

—Es usted un tipo de imaginación muy viva, doctor —expresó, secamente.

—¿Acaso por ello es menos verdad lo que acabo de decir? —contestó el joven, con gesto impasible.

Los dos hombres se miraron mutuamente en silencio durante algunos momentos. La expresión de Leroy era tensa, calladamente amenazadora.

Al fin dijo:

—Doctor, estoy dispuesto a llegar con usted a un acuerdo económico que pueda indemnizarle cumplidamente por los gastos de traslado de su clínica. No puedo esperar a que venza el plazo de los dos años de alquiler. Si adquiero ahora la propiedad, le adquiero a usted también, valga la metáfora. Y yo necesito que mi centro de recreo esté funcionando antes de seis meses.

El joven se puso en pie lentamente. Miró uno por uno los rostros de los hombres que tenía delante de sí. Los acompañantes de Leroy eran sus gorilas, indiscutiblemente. Uno de ellos era cuadrado, tremendamente macizo, con una cabeza que parecía había sido sometida a les efectos de una prensa tridimensional hasta

conformarla casi cúbicamente. Era un enorme montón de carne de más de cien kilos de peso y sólo algunos gramos, de inteligencia.

El otro era más avispado y su aspecto era más normal, pero su profesión, apariencias a un lado, era la misma. Ninguno de los dos proporcionaba beneficios al género humano.

—Señor Leroy —dijo el joven—, tengo entendido que usted y Kirpett son, por llamarlo de algún modo, competidores económicos.

—Es posible —concedió Leroy, cautamente.

—Y por causa de esa competición, hace una semana, aproximadamente, uno de sus hombres, un tal Garris, fue muerto a balazos en Indian Street.

Los labios de Leroy formaban una línea muy delgada.

—Sin comentarios —dijo en tono cortante.

—Oh… —Quagley rio agriamente—. Yo sí tengo que hacerlos. Mi esposa murió en el tiroteo, por culpa de sus rivalidades. ¿Y cree que ahora voy a consentir que usted levante un nuevo antro de vicio y corrupción en la ciudad? Está loco si cree que pienso acceder a sus pretensiones.

Leroy se puso en pie. Estaba lívido de ira.

—¡Doctor!

—¡Salgan de aquí inmediatamente antes de que los eche a puntapiés! —tronó el joven—. No sólo no pienso acceder a sus pretensiones, sino que el señor Muldoney no podrá venderles la propiedad. Olvidó usted un detalle fundamental: poseo la opción de compra y el propietario no puede vender si antes no me ha consultado y yo he rechazado su oferta de venta en forma legal. Para cuando expire el contrato de arrendamiento, espero tener el dinero suficiente para adquirir la propiedad, así que lárguese de aquí y déjenme seguir mi trabajo.

Hubo una corta pausa de silencio.

—Doctor, si se trata de dinero… —aventuró Leroy.

—No trataría con un asesino profesional ni aunque con ello pudiera salvar mi vida —gruñó el joven—. ¡Fuera, bastardos!

Uno de los gorilas avanzó un paso.

—Patrón, ¿por qué no me deja convencer al mediquillo éste? Creo que yo podría persuadirle a que nos cediera su contrato de alquiler.

Leroy miró al individuo y luego al médico. Una perversa sonrisa

floreció en sus pálidos labios.

—¿Por qué no, «Square»?

El apodo —«Cuadrado»— estaba plenamente justificado.

«Square» avanzó hacia el joven. Este salió de detrás de la mesa y se le enfrentó fingiendo aprensión. «Square» sonrió satisfecho. No había cosa que más le agradara que tundir a un hombre a golpes. Alargó su mano derecha para agarrar el brazo opuesto del joven. Quagley se dejó asir el miembro.

«Square» tiró del brazo con intención de estrujar al joven entre los suyos. Quagley fingió ser atraído. De pronto, bajó la cabeza con irresistible violencia, usándola como el extremo de un látigo flexible. Su frente chocó con devastadores efectos contra la nariz del forajido, aplastándosela y haciéndole brotar de la misma un chorro de sangre.

«Square» lanzó un gemido de dolor. Su sorpresa fue tal, que se vio obligado a soltar el brazo del joven para atender a su maltratado apéndice. Quagley aprovechó la ocasión para golpearle con el filo de la mano a la altura de los ojos. El forajido rompió a llorar, desinteresándose en lo sucesivo de la medicina y de sus doctores.

Quagley rio estridentemente. El otro individuo metió la mano en el bolsillo y sacó una corta porra de plomo con intención de golpearle en la cabeza. La mano del joven avanzó con relampagueante rapidez, agarrando el brazo del sujeto y retorciéndoselo a la espalda antes de que pudiera darse cuenta de lo que le ocurría.

El segundo pandillero lanzó un gemido de angustia. La porra pasó a poder del joven, el cual continuó retorciendo el brazo despiadadamente. El forajido volvió a chillar. Entonces, cuando tenía la boca abierta de par en par, Quagley le metió la matraca hasta casi ahogarle. El pandillero se separó, emitiendo unos gemidos inarticulados, mientras se esforzaba por sacarse la matraca de la boca. Hubiera resultado cómico para Quagley si hubiese tenido ganas de reír.

Leroy le miró aprensivamente. En un santiamén, antes de que pudiera darse cuenta, sus dos esbirros habían sido ampliamente derrotados, sin que ninguno de los dos se sintiese capaz de reaccionar. Se preguntó qué clase de individuo era el joven que

tenía ante sí.

—Salgan de aquí en el acto —ordenó Quagley, con voz calmosa —. Si lo repito, se los llevarán en ambulancia al hospital de traumatología. —y aclaró—: Por si no lo entiende, le diré que ese es el sitio donde, principalmente, curan las fracturas de huesos.

Leroy encontró fuerzas para hablar.

—Volveremos a vernos, doctor —dijo en claro tono de amenaza.

—Procure que no sea sobre la mesa de un quirófano, Leroy —contestó el joven.

Leroy hizo una seña y los tres hombres abandonaron en silencio el despacho. Al quedarse solos, Finney, la enfermera, entró.

—¡Jesús! Doctor, ¿quiénes eran esos tipos tan malcarados?

El joven hizo un gesto de pesimismo.

—Unos que nos van a dar más de un disgusto, Finney —contestó sombríamente.

* * *

En silencio, examinó la radiografía del tumor que debía extirpar al día siguiente. Agitó la mano para apartar las volutas de humo de su cigarrillo y evitar errores en la apreciación del examen. Se trataba de un tumor, situado en la cavidad mediastínica, entre el esternón y la columna vertebral.

El tumor era, probablemente, benigno, según todos los análisis. Evidentemente, se trataba de un quiste, un saco formado por membranas y lleno de líquido. No era en sí peligroso, excepto por las alteraciones que producía al hallarse tan cerca del corazón en el paciente. Este sentía una intensa disnea, accesos de respiración fuertemente acelerada y muy profunda, dolores cardíacos y fuerte sensación de opresión. La radiografía había venido a confirmar los diagnósticos y el enfermo estaba conforme en la cirugía como medio de su curación.

Mentalmente, el joven vio todos los detalles de la operación. Otro pecho que tendría que ser abierto… como el de Ann. Quizá el paciente le fallara y muriese sobre la mesa de operaciones… como Ann. Pero no debía pensar en ello. Si empezaba a acobardarse, más le valía dejar todo y buscar un puesto de médico en un barco mercante: fracturas de piernas, dolores de cabeza y ojos hinchados en alguna pelea portuaria.

El zumbador del interfono sonó de pronto.

Apagó la luz del radioscopio y encendió la del despacho. Caminó hacia la mesa y dio el contacto. La familiar voz de Finney irrumpió de nuevo en la estancia.

—Doctor, hay una dama que desea verle.

—Ya no es hora de consulta —contestó él, desabridamente.

—Ella insiste en verle, doctor.

Quagley frunció el ceño. Estaba cansado y deseaba reposar lo más posible. La intervención que le esperaba al día siguiente no tenía nada de fácil y debía hallarse perfectamente tranquilo y en posesión de todas sus facultades físicas y mentales.

—¿Quién es? —preguntó.

—Un momento, doctor —contestó Finney.

Quagley oyó el seco «clic» del corte de la comunicación. El gesto de su enfermera le extrañó. Unos segundos más tarde, cuando se abrió la puerta, comprendió el discreto proceder de la enfermera. Si le hubiese dicho el nombre de la visitante, él no la habría recibido.

La visitante se llamaba Enid Kirpett.

# CAPÍTULO VI

LA joven vestía un traje sastre de severa factura, que no bastaba, sin embargo, para ocultar las armoniosas líneas de su esbelto cuerpo. Se tocaba con un pequeño sombrerito con medio velo, que llegaba justamente al nivel inferior de sus hermosos ojos y llevaba en la mano un gran bolso de piel negra. Su rostro aparecía serio, concentrado, pero resuelto al mismo tiempo, como si se dispusiese a soportar todos los posibles reproches que el joven tuviera que dirigirle.

—Doctor… —dijo.

Quagley le indicó una silla.

—Siéntese, señorita Kirpett —murmuró.

Ella obedeció. Quedó rígida, erecta, con el bolso apoyado en los muslos. Sus rodillas, redondas, cubiertas de fina seda, aparecían muy juntas.

—Le extrañará mi visita, sin duda, doctor —manifestó la muchacha.

—Mi capacidad de asombro se ha reducido considerablemente en los últimos tiempos —repuso él, sarcásticamente. Se sentó tras la mesa y apoyó los codos en la tabla—. ¿Su visita es profesional? —inquirió.

Enid movió ligeramente la cabeza.

—Motivos privados, doctor.

—¿Enviada por su padre?

—No. Antes de seguir adelante, quiero hacerle una aclaración, doctor.

—Muy bien —asintió el joven—. La escucho, señorita Kirpett.

—Todo cuanto vengo a decirle es por iniciativa propia. En el momento actual, mi padre ignora siquiera que estoy aquí. Si lo supiera… Bien, es probable que ello me acarrease un serio disgusto.

—Se comprende —dijo Quagley, sin abandonar su tono punzante.

Enid enrojeció ligeramente. Sin hacer caso de la pulla, prosiguió:

—Hasta que usted apareció en mi casa, yo ignoraba todo lo referente a ciertos aspectos de la vida de mi padre. Este me educó siempre en la creencia de que era un hombre de negocios… Los hombres de negocios no siempre recurren a procedimientos demasiado éticos, aunque, en fin, no voy a explicarle lo que sucede en este aspecto,

—Desde luego.

—Una crece pensando en que su padre es la persona mejor del mundo, un hábil negociante que ha sabido prosperar y acrecentar sus caudales y crearse una posición, y de repente, se encuentra con una persona que lo tacha de ladrón, forajido y asesino. ¿Puede imaginarse el choque que recibí al oír sus imputaciones?

—Me lo figuro —dijo Quagley, secamente.

—Estoy en un terrible apuro, doctor. No sé, hablando francamente, qué hacer. Lo lógico sería que abandonase a mi padre. Estoy horrorizada de saber lo que es, pero, al mismo tiempo, es mi padre y… y… no puedo abandonarle.

—Una actitud comprensible, señorita Kirpett. La voz de la sangre es muy fuerte.

Ella le dirigió una mirada de súplica con sus hermosos ojos.

—Por eso he venido a verle, doctor.

—No entiendo, señorita.

—Usted prometió vengarse de él.

—Es cierto.

—¿Qué pretende obtener con la venganza, doctor?

Quagley calló durante unos instantes. Luego, con gestos calmosos, abrió el cajón del centro y extrajo del mismo un objeto, que colocó sobre la mesa, en el lado cercano a la muchacha.

Enid lo miró. Tratábase de un grueso disco de oro, en cuyo centro se divisaba un horrible orificio. Se estremeció de manera incontenible.

—Lo llevaba puesto mi esposa el día en que fue herida de

muerte —dijo Quagley, con voz opaca.

—¿Es por eso que quiere vengarse de mi padre? —preguntó ella.

—¿Puede llamarse venganza al deseo de justicia, señorita Kirpett?

—Su esposa murió…

—…Y su padre continúa vivo. Vivo y libre, considerado y respetado, pese a haber sido el autor moral de la muerte de mi mujer. Él fue quien pagó las manos que dispararon los tiros que segaron dos vidas, una de ellas absolutamente inocente, ajena por completo a las cuestiones comerciales de su padre y sus competidores.

Enid se mordió los labios.

—El objeto de mi visita era formularle una proposición, doctor.

—La escucho, porque se trata de una dama. De antemano, sin embargo, le advierto que la proposición está ya desechada.

—No condene sin antes haber escuchado al presunto culpable, doctor. «No juzgues y no serás juzgado», dice la Biblia.

—También dice: «No matarás», señorita Kirpett —replicó Quagley, impasible.

—Usted trata de violar ese mandamiento, doctor.

—Permítame, señorita. Trato únicamente de que se haga justicia. Es decir, pienso hacerlo, ya que en realidad no he dado todavía ningún paso para conseguir mis fines.

—Pero si lo lograse, mi padre moriría, con toda probabilidad.

El joven se encogió de hombros.

—No sería yo el autor de su muerte —dijo.

Enid sonrió levemente.

—Un sofisma difícil de sostener.

Los ojos del joven chispearon de cólera.

—En todo caso, mi mujer era inocente. Aunque por mis esfuerzos su padre fuese condenado y ejecutado, cosa que dudo mucho, siempre podría decirse que el acusado era culpable, cosa que no se puede decir, ciertamente, de mi difunta esposa.

—Me agradaría que tratase usted de comprender cuáles han sido mis sentimientos al conocer la verdad respecto de mi padre —se quejó ella.

—Pónganse en mi sitio y piense en los míos al quedarme sin esposa, brutalmente asesinada por unos desalmados.

—Desear la venganza no es propio de personas de buen corazón, doctor. Si lo fuera, debería perdonar.

—¿Para que su padre continúe tranquilamente con sus mortíferas depredaciones? ¿Debo consentir que el, sólo en apariencia, honesto hombre de negocios Hash Kirpett continúe con sus depravadas empresas?

—Era de esto de lo que venía precisamente a hablarle, doctor.

—¿Sí? —murmuró el joven.

—Si yo convenciese a mi padre de que abandonase todo, ¿desistiría usted de su venganza?

Quagley meditó su respuesta durante algunos segundos.

—En primer lugar, usted habla de venganza como si yo fuese a colocarme en una esquina y matar a mansalva a su padre —manifestó al cabo—. Y en segundo, aparte de que sujetos como él no cambian de vida tan fácilmente, está preso de un engranaje del que le es imposible desprenderse o soltarse, como quiera llamarlo. Si ahora intentase abandonar sus negocios, llamémosle de ese modo, sus mismos compinches lo asesinarían. Su padre —agregó el joven, con voz tonante— ha elegido una profesión en la cual es preciso seguir hasta la muerte. Sus propios compañeros no tolerarían la deserción. Es a ellos a quienes ha de convencer, no a mí, señorita Kirpett.

La desesperación asomó a los ojos de la muchacha.

—Veo que he perdido el tiempo viniendo a verle —murmuró.

—En efecto —respondió él, fríamente.

Enid se puso en pie.

—Lamento haberle molestado, doctor.

Por unos instantes, Quagley sintió una viva compasión hacia la muchacha. Pero casi en el acto acorazó su ánimo hacia tal clase de sentimientos. Su esposa había muerto y eso era todo lo que necesitaba saber.

—No me ha molestado en absoluto, señorita —respondió—. Al contrario, así ha podido darse cuenta de que los campos están bien deslindados.

—Si yo pudiera hacer algo personalmente… —apuntó ella, esperanzadoramente.

—Vivimos en una época muy distinta de la de hace veinte siglos. Entonces quizá yo habría exigido su sangre como pago de la de mi

esposa. Ahora debo limitarme a indicarle la puerta, señorita Kirpett.

La joven bajó la cabeza. Era evidente que hacía verdaderos esfuerzos por contener su llanto. Sin añadir una sola palabra, se encaminó hacia la salida.

Quagley encendió un cigarrillo y quedó en pie, profundamente pensativo. La visita de Enid Kirpett le había conturbado notablemente. ¿Por qué había tenido que ir a verle?, se preguntó, lleno de rabia.

Finney entró silenciosamente en el despacho.

—¿Doctor?

El joven sacudió la cabeza.

—¿Sí, Finney?

—Era la hija de Kirpett. No le avisé porque me figuré que no querría recibirla si le decía su nombre.

Quagley esbozó una sonrisa.

—Olvídelo, Finney.

—Habrá pasado usted un mal rato.

—Creo que ella lo pasó peor.

—Se fue llorando. Lástima de chica.

El rostro del joven se envaró.

—Su padre mató a Ann, Finney.

—Ella es inocente.

—¿Acaso Ann era culpable?

—No, pero…

—¿Qué quiere que haga yo, Finney? ¿Darle unas palmaditas en la espalda y tratar de consolarla porque su padre sea un granuja y un asesino? —el tono de voz del joven era áspero, hiriente—. Es joven y se consolará pronto, sobre todo, teniendo en cuenta que nada en la abundancia. Con dinero se olvidan muchas cosas hoy día, Finney.

—Enid Kirpett no parece chica de las que olvide con dinero, doctor —exclamó la enfermera, en tono reprobatorio.

—¿Va a acusarme de haber sido duro con ella? —los ojos del joven recayeron inmediatamente en el interfolio, cuya palanca de comunicación estaba levantada—. Escuchó todo lo que hablamos, Finney —gruñó.

—Así es, doctor —respondió tranquilamente la enfermera—. Y permítanle decirle que su actitud no resultó muy correcta que

digamos.

—¡Vaya! —Quagley exhaló una risita sarcástica—. Aún tendré que pedirles excusas por la muerte de Ann.

—No, pero… podía haber atendido mejor a la chica. Ella era sincera… ¿Y quién sabe si no conseguirá el arrepentimiento de su padre?

—Kirpett es un caimán carente de sentimientos —exclamó el joven, rabiosamente—, y no, pararé hasta verle arruinado y en la cárcel, si no en la silla eléctrica.

Finney tenía mucha confianza con el doctor, al cabo de casi siete años de permanencia junto a él.

—He sentido la muerte de la pobre señora Quagley como el que más —dijo—. Pero, francamente, lo que ha hecho con Enid Kirpett no me ha gustado.

—¿Tengo yo la culpa de que ella sea la hija de quien es? —exclamó el joven, irritado.

—¿La tiene ella?

El médico y la enfermera se miraron mutuamente durante algunos segundos.

—Ella le dijo que haría todos los esfuerzos posibles por convencer a su padre de que debe abandonar la vida que lleva, doctor.

—La sangre de mi esposa clama venganza, Finney.

—Si parafraseamos la Biblia, doctor —exclamó la enfermera, imperturbablemente—, diré que la sociedad resultará mucho más beneficiada con el arrepentimiento de un culpable que no con, por ejemplo, la declaración de buenas intenciones de cien inocentes.

—No trate usted de convencerme de que debo actuar blandamente en este asunto, Finney. Los asesinos de Ann están sueltos, no sólo los que dispararon materialmente las pistolas, sino el que les pagó por hacerlo. ¿Debo consentir que sigan matando a la gente?

—¿Y si Kirpett prometiese solemnemente dejar la vida que lleva?

—¿Cree que sus compinches se lo permitirían? Aunque lo hiciese, aunque consiguiese librarse de su pandilla sin daño físico alguno, ¿piensa que no se merece un castigo por lo que hizo?

—Deje que sean otros quienes apliquen ese castigo, doctor.

Usted es médico y debe esforzarse en salvar vidas, no en quitarlas.

—Finney, pienso que está rebasando sus atribuciones.

El rostro de la enfermera se envaró.

—Tiene razón, doctor —dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta del despacho. Al llegar allí, giró nuevamente y se enfrentó con el joven—. Respecto a este asunto, voy a permitirme darle el último consejo, ya que no pienso hablarle más al respecto. ¿Ha oído usted hablar de las manzanas del mar Muerto? —sin esperar la respuesta del joven, añadió—: Sí, claro que sí. Son unos frutos de aspecto espléndido, pero que se deshacen en hediondas cenizas apenas se las toca con las manos. Lo mismo le pasará a usted con la venganza. Cuando lo haya conseguido, esa fruta de maravillosa apariencia que usted habrá cogido con la mano, se le convertirá en un puñado de apestosos residuos —Finney movió la cabeza—. Usted tiene las manos que le dio el Señor para curar y salvar vidas, no para ser el ejecutor de ninguna venganza.

Finney abrió la puerta y abandonó el despacho.

# CAPÍTULO VII

VEINTICUATRO horas más tarde, el joven recibió una llamada telefónica.

El doctor Brawson le preguntó si podía acudir a su consultorio. Tenía un caso particularmente complicado. Todo parecía indicar un bocio extendido hasta el pulmón, pero él creía se trataba de un teratoma. Deseaba conocer su opinión y cambiar impresiones al respecto. Por descontado, que los honorarios, etcétera, etcétera… El joven asintió y le prometió acudir a las ocho de la noche para efectuar la consulta, ya que en caso de ser confirmado el diagnóstico, no se realizaría la intervención sino hasta el día siguiente.

A las siete y cuarto dio por terminado el trabajo. Subió a sus habitaciones, se duchó y cambió de ropa, atendido por Lisa, su ama de llaves, y después de tomar solamente una taza de café, rechazando la oferta, de cenar allí mismo, se dirigió hacia la escalera. Salió por la puerta posterior, en donde tenía un garaje capaz para el coche y una ambulancia.

Montó en el coche, dio el contacto y arrancó suavemente, descendiendo por el serpenteante camino de gravilla que conducía a la carretera federal número 34, que empalmaba ya directamente con la avenida de Michigan.

Desde lo alto de la colina podía ver claramente las luces de los coches que iban y venían por la autopista. Súbitamente, algo chocó contra el parabrisas con terrible fuerza.

Enormemente asombrado, contempló la estrella que se había formado en el vidrio. El convencimiento de que aquel redondo

orificio, del cual partían numerosas estrías en todas direcciones, se debía a un proyectil de bala, tardó un par de segundos en llegar a su mente.

Pisó el acelerador, en el momento en que sentía un sordo choque en la portezuela del lado izquierdo. No oyó los disparos y el motor del automóvil no hacía un ruido excesivo, lo cual le dijo que el posible asesino, emboscado tras alguno de los frondosos arces del parque, estaba tirándole con silenciador.

Se agachó sobre el volante, mientras tomaba la próxima curva casi sobre dos ruedas. La gravilla voló por los aires al derrapar el vehículo con chillido estridente. Las gomas protestaron atronadoramente, pero el joven no detuvo la marcha un solo segundo.

En pocos momentos más estuvo en la autopista. Allí, la relativa densidad del tránsito lo protegía de ulteriores atentados. Mientras rodaba hacia Stillton, a tres cuartos de milla de distancia, rabiaba de ira contra Kirpett. El *gangster* había decidido eliminarle, por lo visto. ¿Tendría él que matarle para salvar su propia vida?

* * *

Afortunadamente, supo mantener la ecuanimidad durante el tiempo que permaneció con Brawson. La consulta se desarrolló con plena normalidad y su colega no sospechó nada de la tormenta que hervía en el pecho del joven. Después de una hora de intercambio y exposición de opiniones, Quagley se despidió de Brawson, rechazando contundentemente los honorarios que éste pretendía abonarle.

—Todavía le debo yo a usted mucho más, doctor —sonrió el joven—. Ah, y no dude en llamarme cuando lo necesite.

De la clínica de Brawson se dirigió a la calle de California. Detuvo su coche a poca distancia del número 933 y saltó a tierra.

No lejos de allí divisó un bar. Penetró en el mismo y se encaminó a la cabina telefónica. Hojeó la guía y no tardó en dar con el número que deseaba.

Marcó las cifras y esperó. Segundos más tarde oyó que descolgaban el teléfono.

—¿Quién es?

—Doctor Quagley —contestó lacónicamente.

Una ahogada exclamación sonó al otro lado de la línea. El joven

sonrió duramente al imaginarse la sorpresa de Enid Kirpett.

—Señorita Kirpett —dijo antes de que ella tuviera tiempo de volver a hablar—, por si no lo sabe usted, le diré que tengo mi coche aparcado delante de la puerta de su domicilio.

La voz de la joven tenía trémolos de ansiedad.

—¿Qué es lo que pretende hacer, doctor? Mi padre no está en casa ahora y…

—Su padre no me interesa ahora, señorita Kirpett —contestó él duramente—. Es usted el objeto de la llamada. Baje, la espero. —Y colgó.

Encendió un cigarrillo y salió de la cabina. Recorrió unos cuantos metros y se situó junto al coche.

Enid compareció apenas un minuto después. Su esbelta silueta se recortó claramente contra el fondo iluminado del portal del edificio. Vaciló unos instantes, pero luego, al reconocer al joven, cruzó la acera rápidamente.

—¿Doctor? —murmuró.

—Lamento haberle tenido que molestar, señorita Kirpett —expresó el joven—, pero no me pareció conveniente subir a su domicilio. Quizá no me habría creído de haber actuado de tal manera.

—No le entiendo —dijo ella, tremendamente intrigada.

Kirpett la tomó por un brazo.

—Venga acá —dijo.

Descendieron a la calzada y rodearon el coche por delante. Al llegar junto a la portezuela, el joven le enseñó los dos orificios abiertos por los proyectiles, primero el del parabrisas y luego el de la portezuela.

—¿Se da cuenta de lo que significan esos orificios, señorita? —inquirió con acento incisivo.

El rostro de la muchacha blanqueó súbitamente.

—¿Q…qué es lo que trata de sugerirme, doctor? —exclamó con un hilo de voz.

—Yo no sugiero nada, señorita; las cosas se explican por sí solas.

—Es imposible, imposible —murmuró Enid, sordamente.

—Usted podría alegar una cosa semejante si yo me hubiese limitado a decírselo de viva voz, en su domicilio o en cualquier otra parte —replicó él con acento duro, terriblemente acusador—; pero

no cuando está presenciando la realidad de los hechos con sus propios ojos. Apenas hace una hora que fui tiroteado por un desconocido al salir de mi propia casa. Saque usted misma las consecuencias y deduzca quién ordenó a ese forajido que tratara de asesinarme.

Enid se sintió abrumada por la acusación. De pronto reaccionó y gritó:

—¡Mi padre no…!

Quagley la apartó bruscamente con un brazo. Abrió la portezuela y se sentó tras el volante.

—Su padre, sí —dijo enfáticamente. Dio gas y arrancó antes de que la estupefacta muchacha tuviera tiempo de replicarle.

* * *

El brazo de Brassum se estiró y levantó el teléfono, cortando así el estridor del timbre. Escuchó un momento y luego, tapando el micrófono con la mano, miró a Kirpett.

—Es para usted, jefe. Su hija.

El *gangster* se quitó de la boca el grueso habano que sostenía con los dientes y se esforzó por sonreír.

—Hola, Enid, muchacha.

—Papá, ¿qué has hecho?

Kirpett se quedó parado.

—Enid, no sé a qué te refieres —gruñó—. ¿Qué es lo que tratas de decirme?

—Me llevé una enorme decepción cuando me enteré cuáles eran, en realidad, tus negocios; pero eres mi padre y te quiero y, además, creí haberte convencido de que no tocaras al doctor Quagley para nada.

—Y así es, Enid. No tengo nada contra ese médico y si te prometí respetarle, cumpliré mi palabra…

—Me duele oírte mentir, papá —dijo la muchacha, resentida.

Kirpett pegó un bote en el asiento.

—¡Enid! ¡No te tolero que me hables en ese tono! ¿Me entiendes? ¿Qué diablos tratas de insinuar?

—Sencillamente, que has quebrantado la palabra que me diste.

Los dientes del hampón crujieron sonoramente.

—Hija, me parece que no te encuentras bien…

—Por el contrario, mi estado de salud, es perfecto. Y mi vista,

gracias a Dios, magnífica. Merced a ello he podido ver con toda claridad, sin el menor género de duda, dos orificios de bala en el coche del doctor Quagley. El mismo me los ha enseñado, para que no me cupiera el menor error acerca de lo que le ha sucedido esta misma noche.

—Pero, Enid, yo no…

—Nunca sospeché que pudieras ordenar una cosa semejante, papá. ¡Hacer que mataran al doctor Quagley! ¡Es, sencillamente, canallesco! Me avergüenzo de ser tu hija, así como lo oyes.

—¡Enid! —chilló el *gangster*, lívido de ira. Pero la muchacha había colgado ya y no le atendió.

Kirpett juntó sus manos e hizo crujir los nudillos. Sus ojos arrojaban lumbre.

En los últimos tiempos, había tenido muchas complicaciones. Su rivalidad con Leroy; la muerte de Garris, un sujeto perteneciente a su pandilla y que había cambiado de bando, traicionándole alguno de sus más valiosos secretos; la muerte accidental de la esposa del médico… pero, sobre todo, lo más importante para él era que Enid se había enterado de la clase de sujeto que era. Hasta entonces había tenido a la muchacha en la más completa ignorancia de sus delictivas actividades; la amaba tiernamente y hubiese dado cualquier cosa porque Enid hubiese seguido desconociendo su verdadera condición. El doctor Quagley había abierto los ojos de la muchacha con la escena sucedida días atrás en su propio domicilio y esto había supuesto para él un rudo golpe.

A partir de aquel día, las relaciones entre padre e hija se habían hecho frías y distantes. Apenas sí se habían dirigido la palabra, excepto en una breve y tempestuosa discusión, en la que ella le había arrancado la promesa de que, ocurriese lo que ocurriese, no haría objeto a Quagley del menor atentado. Pero ahora, alguien había disparado contra el médico dos veces.

¿Quién y por qué?, se preguntó, terriblemente confuso. ¿Quién trataba de achacarle una acción que él no había ordenado siquiera?

Miró a Brassum. «Granito y «Dallas» estaban a unos pasos de distancia.

—Mi hija dice que esta noche han disparado dos tiros contra el doctor Quagley —expresó con voz que distaba mucho de ser tranquila—. Brassum, «Dallas», moveos. Quiero saber quién es el

hijo de perra que trata de meterme en un lío.

—¿Y si lo encontramos? —preguntó Brassum.

—De momento, averiguad quién es. —Kirpett agarró el puro, se dio cuenta de que estaba apagado y lo lanzó a un lado con gesto furioso—. En ese caso, ya os diré yo lo que hay que hacer.

—Bien, jefe. Vamos, «Dallas».

Los dos hombres salieron del despacho desde donde Kirpett dirigía sus negocios, en especial el del *nigth-club*. Kirpett se enzarzó en el examen de unos libros, mientras «Granito» se sentaba en un sillón y sacaba un volumen de historietas gráficas para entretenerse. «Granito» se enojó mucho, porque en aquella historieta, los *gangsters* perdían en su lucha con la policía. ¿Cuándo iban a publicar historietas en que los *gangsters* zurraran a los policías?

Unos nudillos tocaron a la puerta de repente. Kirpett y su esbirro levantaron los ojos a un tiempo.

Kirpett abrió un cajón del lado derecho de su mesa, dejando al descubierto una automática calibre 45. Luego hizo un leve gesto con las cejas.

«Granito» se puso en pie y se acercó a la puerta. Aplicó el ojo a la mirilla y un segundo después, se volvió, terriblemente desconcertado.

—¡Es el doctor! —exclamó.

Kirpett se irguió a medias, sobresaltado. Luego volvió a sentarse.

—Está bien —gruñó—. Déjalo pasar.

—Pero…

—Haz lo que te digo —exclamó el *gangster* en tono impaciente.

«Granito» comprobó que su pistola entraba y salía fácilmente de la funda. Luego hizo girar la llave y abrió.

Quagley penetró en el despacho con paso tranquilo. Su vista captó en el acto los menores detalles de la estancia: el dueño del local parapetado tras la mesa, la caja de caudales abierta en la pared que había detrás de Kirpett, el gorila con la mano dentro de la chaqueta en actitud inequívoca, el lujoso mobiliario, el pequeño bar con un completo servicio de licores y frigorífico incorporado… todo respiraba allí un inconfundible aire de riqueza, no legítimamente adquirida, por supuesto, se dijo.

Luego, sus ojos se clavaron en el rostro del pandillero.

—Quiero hablar con usted, Kirpett —dijo.

—Le escucho, doctor —respondió el aludido.

El pulgar del joven señaló hacia «Granito».

—Dígale a ese bestia con figura humana que salga de la habitación.

«Granito» dio dos pasos hacia adelante. El joven le dirigió una tranquila mirada.

—Salga o le echo —murmuró.

—Déjanos solos, «Granito» —ordenó Kirpett secamente.

—Está bien, jefe —rezongó el pistolero de mala gana—. Usted manda.

—Eso, Kirpett manda —añadió Quagley con cáustico acento. «Granito» le miró atravesadamente, pero acabó por abandonar el despacho.

Entonces, los dos hombres quedaron solos, frente a frente.

# CAPÍTULO VIII

KIRPETT rompió la tensión del momento poniéndose en pie y encaminándose hacia, el bar.

—¿Una copa, doctor? —sugirió.

—Beber en compañía de una persona significa que se le tiene cierto aprecio, al menos. Yo no guardo hacia usted la menor simpatía, Kirpett. Por lo tanto, rechazo la invitación.

El *gangster* se encogió de hombros. Sirvióse licor y soda y tomó un sorbo. Luego se reclinó en el mostradorcito con fingida negligencia.

—¿Y bien, doctor?

Quagley avanzó dos pasos.

—Esta noche, alguien disparó dos tiros contra mí.

—Lo sé, doctor.

—Se lo ha dicho su hija.

—Exactamente —de pronto, Kirpett estrelló su vaso contra el suelo y lanzó una imprecación—: ¡Maldita sea! ¿Por qué ha tenido que ir a decírselo a ella? ¿Por qué no vino aquí desde un principio?

Quagley sonrió.

—¿Ama usted mucho a su hija?

Los ojos del *gangster* centellearon.

—¡Condenación! —blasfemó—. ¡Es lo que más quiero en mi vida! ¡Haría cualquier cosa por ella…!

—Lo mismo decía yo de mi esposa, Kirpett —le atajó suavemente el joven.

Kirpett se lo quedó mirando unos segundos.

—¿Por qué tuvo que ir a decir la verdad de lo que soy, doctor?

—Fui a verle a usted, no a su hija. En aquel momento, ignoraba siquiera que existiera; no estaba enterado de que usted tuviera una hija. Esto es auténtico, Kirpett; puede creerme.

—¡Pero se enteró! ¡Y yo no quería que lo supiera!

—¿Por qué, entonces, no se dedicó a un trabajo honrado, en lugar de ganarse la vida con la sangre de los demás? ¿Pensaba usted que, aunque no hubiese existido jamás un tal doctor Quagley y su esposa, Enid no iba a terminar por enterarse un día de la clase de padre que tiene? ¿O es que tenía intención de mantenerla indefinidamente en Europa? Tarde o temprano, los ojos de Enid se hubieran abierto y el resultado habría sido el mismo, Kirpett; eso lo sabe usted tan bien como yo.

Kirpett farfulló algo entre dientes. Luego se sirvió una nueva dosis de licor, la mitad de la cual despachó en el acto.

—Conforme. Pero, ahora, ¿qué diablos quiere de mí? Sé que le han tiroteado esta noche. Sin embargo, puedo jurarle que yo no he sido el que dio la orden de disparar contra usted.

—Su cinismo es realmente notable, Kirpett —manifestó el joven.

—Está usted loco de rabia por la muerte de su esposa —barbotó el pandillero—. Conforme, admitiré que los hombres que dispararon contra Garris obedecían mis órdenes. Pero sólo lo hago a título privado, es decir, entre usted y yo, sin que mi declaración tenga validez alguna judicial. Aquello fue un desgraciado accidente que yo fui el primero en lamentar, y no tome mis palabras como mera fórmula de cortesía. ¿Qué quiere que haga ahora, doctor? ¿Pagarle una indemnización? O. K., fíjela usted mismo; quizá así lleguemos a un acuerdo y usted me deje en paz. De todas formas, haga lo que haga, su esposa no volverá a la vida…

Quagley sintió que una oleada de cólera hervía repentinamente en su pecho. Sin poder contenerse, saltó hacia el sujeto y le golpeó con fuerza en la cara un par de veces, con la palma y el revés de la mano.

Kirpett lanzó un aullido de dolor. Quagley le agarró por las solapas de la chaqueta y se dispuso a continuar el castigo. En aquel instante, sintió un vivísimo dolor en la nuca y las rodillas se le doblaron en el acto.

Cayó al suelo, apoyándose en las manos para no quedar tendido del todo. Una espesa neblina veló su capacidad de percepción,

aunque no tanto que no pudiera escuchar la voz de Kirpett:

—¡Basta, «Granito», no le pegues más; ya está bien con lo que has hecho!

El pistolero bajó la mano armada con el revólver, con cuya culata había golpeado la nuca del joven. Quagley respiró hondamente un par de veces y luego, haciendo un esfuerzo, procuró incorporarse.

Kirpett le entregó un vaso mediado de licor.

—Beba —dijo imperativamente.

El joven tomó un par de sorbos. Luego apartó el vaso con gesto hosco.

—Doctor —dijo Kirpett—, hay alguien que conoce sus intenciones respecto a mí. Ese alguien trata de matarle, con ánimo de achacarme luego su muerte.

—No le creo —gruñó el joven, acariciándose la nuca, en la cual le había surgido un bulto de regular tacaño,

Kirpett se encogió de hombros.

—A su gusto, doctor. Pero quiero que sepa una cosa: prometí a Enid que respetaría su vida y lo cumpliré, aunque, vista su enemistad, no me faltan deseos de rebanarle el gaznate aquí mismo. No obstante, como se lo dije así a Enid, cumpliré mi palabra. Es más; antes de venir usted, había despachado ya a dos hombres para que se enteren de quién es el bastardo que disparó contra usted. Si lo encuentran, le aseguro que depositaré su cabeza en la puerta de su clínica. Esto suprimirá en otros posibles veleidades de aprovecharse de la presente enemistad existente entre usted y yo.

Quagley trató de digerir las palabras del *gangster*.

—Posiblemente está diciendo verdad en este momento, Kirpett —contestó—. De todas formas, hay algo que no se puede ocultar ni tapar con dinero o con cualquier otra clase de pacto. Me refiero a la muerte de mi esposa. Kirpett, no pararé hasta verle en la cárcel si no en la silla eléctrica, recuerde bien esto que le digo.

El bandido avanzó su rostro.

—Y usted, recuerde también una cosa, doctor: déjeme en paz. Déjeme en paz o, de lo contrario, tendré que reconsiderar muy seriamente la promesa que hice a mi hija. Reconozco que debe sentirse terriblemente dolorido por la muerte de su esposa, y estoy dispuesto a pagar el precio que usted me exija por ella, pero…

¡déjeme en paz, doctor, apártese de mi camino!

—Sólo hay una solución para ello, Kirpett; usted sabe cuál es. En ese camino que ha citado, sólo hay cabida para uno de los dos. Y no pienso ser yo el que se aparte.

Dicho lo cual, Quagley giró sobre sus talones y se encaminó hacia la salida.

«Granito» meneó la cabeza.

—Si no liquida al matasanos, jefe —murmuró—, le va a dar guerra, mucha guerra. ¿Cuándo lo suprimo?

Kirpett extendió una mano.

—Espera, todavía hay tiempo. Quagley es de los que gritan mucho y hacen poco. Si verdaderamente quisiera hacer algo contra mí, ya se habría buscado una pistola y me la hubiera vaciado en el cuerpo. Es de los que quieren hacer legalmente las cosas…, ¡y por medio de la legalidad, no hay quien pueda conmigo, «Granito»!

El pistolero volvió a suspirar:

—Allá usted, jefe, pero de nuevo le diré que está equivocado. Con tipos como el matasanos, no hay más que una salida.

—Antes de hacer nada contra él, quiero averiguar primero quién diablos ha querido asesinarle esta noche, «Granito». Confío en que Brassum y «Dallas» lo averigüen.

—¿Qué hará entonces?

—Darle una lección al atrevido, naturalmente. Alguno de mis competidores se está aprovechando de la enemistad existente entre Quagley y yo, y no voy a consentir que me echen su muerte encima. Ya nos perjudicó bastante la muerte de su esposa; si él muriera ahora, resultaría catastrófico para mí… —fijó sus ojos en «Granito»— ¡y para todos vosotros también, recuerda esto que te digo!

El pistolero se estremeció. Los periódicos se habían despachado a su gusto después de la muerte de Ann Quagley y aunque no habían citado nombres, las alusiones habían resultado tan diáfanas y transparentes, que todo el mundo había podido saber quién había sido el autor moral del tiroteo. Si ahora moría el médico, podían darse por perdidos. «Granito» sufrió un acceso de rabia al darse cuenta de que, les gustase o no, estaban obligados a proteger la vida del hombre que trataba de arruinarles por todos los medios. El sarcasmo de la situación le enfureció considerablemente.

Por el momento, sin embargo, no podían dar un solo paso en tanto Brassum y «Dallas» no regresaban con noticias.

* * *

Aquella noche, Quagley tardó mucho en conciliar el sueño. Sus ansias de venganza no se habían extinguido todavía, pero, como Finney le había dicho, aun no la había llevado a cabo y ya sentía en la boca el desagradable sabor de las cenizas. Era cierto que Enid se había enterado involuntariamente de la clase de hombre que era su padre, pero no era menos cierto que su actitud para con ella había resultado innecesariamente cruel, en especial cuando la muchacha había acudido a él con la bandera blanca izada. Había experimentado cierta sádica alegría al enseñarle los impactos de bala en su coche, pero aquella satisfacción le había deprimido después. La muchacha era buena; ¿por qué conturbarla de aquella manera?

Enid era buena e inocente de las trapacerías de su padre. Pero, ¿y Ann? También era buena e inocente y ahora yacía en la frialdad de un sepulcro. ¿Era peor seguir viviendo, aun a sabiendas de que un ser querido era un vulgar asesino… o morir por culpa de ese mismo asesino?

La hija de Kirpett padecería si su padre era castigado. Pero, ¿no se merecía igualmente un castigo? ¿Era que todos los criminales con familiares inocentes tenían que ser perdonados para no causar sufrimientos morales a esos mismos familiares? Resultaba doloroso que Enid tuviera que padecer por los delitos de su padre, pero ello no debía impedir la acción de la justicia. Así había sido siempre y así sería mientras el hombre existiese sobre la tierra. Un ser humano cometía un delito y unos inocentes pagaban por unas culpas que no habían cometido. Él, Ann, Enid…

Se revolvió en el lecho, inquieto. Por más que lo pensaba no daba con la solución para liquidar a Kirpett.

¿Atraerlo a su clínica, sugiriéndole una enfermedad inexistente? No, él no era un asesino. Simplemente, si podía, debía colocarlo en manos de la justicia. Sin embargo, ¿cómo lograrlo?

Y de pronto, cuando menos lo esperaba, creyó haber hallado la solución.

* * *

A la mañana siguiente, apenas se levantó, llamó por teléfono al

capitán Turnpike de la policía local.

Turnpike no tardó mucho en contestar. Después de las primeras frases de saludo, preguntó al joven en qué podía servirle.

Quagley fingió titubear, aunque ya estaba decidido de antemano a ello.

—Verá usted, capitán. Lo que tengo que pedirle es… un poco especial. No sé cómo empezar… aunque espero que usted sepa comprender el apuro en que me encuentro.

—Bien, doctor; usted ya sabe que estoy aquí para complacerle. ¿De qué se trata?

Quagley se esforzó por dar a su voz un tono chancero.

—Escuche, capitán. Mi caja de caudales… bueno, la de la casa donde vivo es de un modelo anticuado, que ya no se fabrica. Es tan antigua como la casa, que ya es decir.

—Comprendo. Siga, doctor.

—Bien. El caso es que… usted puede comprender mi situación estos días. He extraviado una agenda donde tenía anotada la clave. No la usaba mucho, por eso no la recuerdo exactamente. He realizado varios esfuerzos, he consultado con un par de fabricantes de Stillton… pero todo cuanto hemos hecho hasta ahora ha resultado perfectamente inútil.

—Sí, ahora ya creo entenderle, doctor.

Quagley sonrió.

—Bien, resulta que tengo guardados unos apuntes sobre análisis clínicos acerca de una intervención en una hiperfunción de las cápsulas suprarrenales… Oh, perdone, capitán; sin querer empezaba a perderme por los caminos del lenguaje científico. Como sea, dichos apuntes tienen gran importancia para mí y están encerrados en esa caja. Una estupidez, lo reconozco, porque no encierran ningún grandioso secreto, pero, en fin, cada uno tenemos nuestras manías y…

—Le comprendo, doctor. Usted lo que quiere es que le recomiende a un… digamos un experto que le abra la caja de caudales.

—Justamente, capitán.

—Espere un momento, doctor.

Quagley se dio cuenta de que Turnpike estaba eligiendo mentalmente al hombre adecuado para el caso. Al cabo de un

minuto casi, el policía dijo:

—Doctor, en cuanto lo haya encontrado le enviaré al sujeto. Se llama Nick York, aunque nosotros solemos conocerle por un nombre muy distinto, que no cito por no ofender sus oídos.

El joven rio cortésmente.

—Gracias, capitán. Me sentiré muy honrado de recibir a Nick York. Dígale que se ganará una buena gratificación si viene por mi clínica.

—De acuerdo, doctor. En cuanto lo encuentre, se lo enviaré. Me alegro de haber hablado con usted.

—Lo mismo digo, capitán. Adiós.

El joven colgó. Durante unos momentos, quedó sumamente pensativo, reflexionando sobre las próximas acciones de su plan.

Después se puso a trabajar. La clínica requería toda su atención y no podía descuidarla un solo momento más de lo estrictamente necesario.

# CAPÍTULO IX

FINNEY no se molestó esta vez en llamar. Abrió la puerta y penetró en el despacho de Quagley, con una expresión de disgusto reflejada en su seco y anguloso rostro.

—Afuera hay un sujeto, por llamarlo de alguna forma, que desea hablar con usted, doctor.

Quagley levantó los ojos del informe clínico que estaba leyendo.

—¿Quién es?

—Cuando haya salido, usted y yo nos meteremos de cabeza en el autoclave —gruñó la leal enfermera—. ¿Por qué diablos tiene que relacionarse con gente de esa calaña?

El joven apagó una sonrisa antes de emitirla.

—Está bien, Finney; hágalo pasar.

—Escuche, doctor; si ese repugnante sujeto ha de servir para sus planes, yo…

—Finney, cuando necesite un consejo suyo, ya se lo pediré —atajó Quagley secamente—. Mientras tanto, haga pasar al señor York. ¿Me equivoco mucho al suponer que es ése el nombre de mi visitante?

—No, no se equivoca usted —contestó Finney, escocida—. Ha debido olerle usted desde ahí. ¡Cielos, qué peste a alcohol barato!

La enfermera se retiró, dejando pasar segundos después a un sujeto de mediana estatura y expresión recelosa, vestido con unas ropas raídas y muy usadas, y envuelto en un aura alcohólica nada agradable de soportar. Pero, en fin, como médico, Quagley estaba acostumbrado a olores peores todavía, de modo que procuró hacer abstracción del que emanaba de Nick York.

—Tengo entendido que usted es un as en abrir cajas de caudales —dijo el joven sin más preámbulo.

York hizo una mueca.

—Bueno, no se me da mal la cosa. Ahora, sin embargo, estoy retirado de la profesión. La policía no le deja «trabajar» a uno a gusto.

—El capitán Turnpike me ha hecho excelentes elogios de sus habilidades, señor York —dijo el joven, disimulando una sonrisa—. ¿Puedo contar con usted?

—Siendo amigo del capitán Turnpike, desde luego. Y le cobraré muy barato. Entre cincuenta y cien «pavos», según el tiempo que invierta en abrir la «lata». ¿Dónde está?

—Temo que hayamos de ajustar el precio, amigo Nick.

La cara del maleante expresó un vivo desencanto.

—¿Es que le parezco caro, doc? —inquirió.

—Al contrario, me parece un precio muy barato para lo que pretende hacer.

—No le entiendo, doc. El capitán Turnpike me dijo que su «lata» no se abría y que…

—No se trata de mi caja de caudales, sino de la de otra persona.

York frunció el ceño.

—Doc, esto empieza a no gustarme. ¿Por qué no habla claro de una vez? No me agradaría meterme en un lío gordo, ¿sabe? Turnpike puede hacer la vista gorda en según qué ocasiones, pero si el jaleo resulta excesivo, a mí me costaría una docena de añitos a la sombra. Y esa perspectiva, como puede comprender, no me seduce.

—Trataremos de escapar sin que nos pesquen, York. Iremos a abrir la caja cuando no haya nadie.

—¿En dónde está la «lata»?

El joven se lo dijo. York se puso en pie en el acto.

—Olvídeme, doc. Ya no se trata de doce años de cárcel, sino de mi propio pellejo. Usted puede hacer con el suyo lo que quiera, pero el mío, aunque bastante usado, aún sirve para zascandilear por este aperreado mundo.

—Vuelva aquí, Nick —exclamó Quagley con voz imperativa—. Vamos a ajustar sus honorarios debidamente. ¿Qué le parecían mil por la «faena»?

El maleante se detuvo antes de llegar a la puerta, pero no se

volvió. Quagley lo estudió desde donde se hallaba, dándose cuenta de que luchaba entre el miedo y la codicia. Pero si este último sentimiento no prevalecía en el ánimo del ex ladrón, Quagley estaba dispuesto a presionar sobre él hasta conseguir lo que tanto deseaba.

—Nick, ¿mil quinientos?

El granuja soltó una maldición.

—Dos mil y no se hable más —rezongó. Giró sobre sus talones —. En metálico y billetes pequeños; no quiero líos con cheques, ¿estamos?

—Una petición completamente razonable, Nick —aprobó Quagley.

—¿Cuándo actuamos, doc?

—Un momento —Quagley consultó su agenda de trabajo—. Dentro de dos días, exactamente.

—Muy bien. Dentro de dos días estaré aquí, doc.

El joven extendió su dedo índice en tono amenazador.

—Cuidado con el alcohol —advirtió severamente—. Y si Turnpike le pregunta algo, dígale que todo salió perfectamente. Yo mismo le telefonearé mañana para darle las gracias. Añada que le pagué sesenta «pavos» por la faena, ¿estamos?

—O. K., doc. Seré puntual.

Finney entró poco después, blandiendo ostentosamente un pulverizador de desinfectante perfumado. Quagley soltó un gruñido.

—No es para tanto, Finney —dijo el joven, amoscado.

—Trato de disipar únicamente el olor a ceniza —respondió la enfermera con todo desparpajo.

—Deje en paz las manzanas del Mar Muerto, Finney. Yo sé bien lo que me hago.

—La venganza es Mía, dijo el Señor —recitó la enfermera.

—La Biblia también habla algo de ojo por ojo y diente por diente —contestó él, con las mandíbulas muy apretadas.

—Siguiendo ese camino, sólo se llega a una parte —gruñó la enfermera.

—Finney, no me diga a dónde voy a llegar —explotó él, golpeando la mesa—. Ese hombre mató a mi mujer y sigue libre. ¿Voy a consentirlo, pudiéndolo evitar?

—Deje que otros se encarguen de ello, doctor. Usted es médico, no verdugo. Tarde o temprano, los sujetos como Kirpett acaban por

caer. La policía o sus contrincantes, pero caen. Entonces recibirá el castigo que se merece por todos sus crímenes. Usted, a los enfermos, que es lo suyo.

—Puedo hacerlo todo —gruñó el joven.

La enfermera le miró con aire compasivo.

—El sabor de la venganza es amargo y deja el alma vacía. He aprendido a quererle y a apreciarle en los siete años que llevo trabajando a su lado, pero está corriendo el riesgo de que se disipen esos sentimientos, doctor. —dicho lo cual, Finney giró sobre sus talones y abandonó el despacho.

Quagley se puso en pie. Encendió un cigarrillo y se paseó nerviosamente por la estancia. La enfermera tenía razón… pero el ansia de venganza era en él más fuerte que todos los demás sentimientos. No mataría a Kirpett con sus propias manos, a menos que se tratase de un caso de absoluta y legítima defensa, pero sí haría todo lo posible por aplastarlo como a un insecto dañino. Y lo conseguiría aunque fuese lo último que hiciera en este mundo. La imagen de Ann, yaciendo inmóvil, blanca como las sábanas que envolvían su cuerpo inerte, se apareció de nuevo ante sus ojos con vivo recuerdo y le hizo asomar a su pecho un cruel espasmo de dolor, que reafirmó todavía más su decisión de combatir enconadamente al canalla causante de su muerte.

* * *

Brassum tocó el timbre. Kirpett acudió a abrir…

—Ya está, jefe —murmuró el pistolero.

Kirpett se puso un dedo sobre los labios.

—No hables demasiado fuerte, Brassum —dijo—. ¿Quién es?

—Rann, uno de los hombres de Leroy.

—¿Estás seguro?

—Positivamente. Él mismo lo ha confesado.

—¿Dónde está ahora?

—En el sótano del *night-club*. «Granito» y «Dallas» lo vigilan.

—Muy bien. Ve hacia allá. Yo acudiré dentro de unos minutos.

—Bien, jefe.

Kirpett cerró la puerta. Entró en el apartamiento y se dirigió a su habitación, donde se cambió de ropa rápidamente.

Cuando se disponía a salir, Enid se apareció ante sus ojos.

—¿Adónde vas, papá? —le preguntó.

—¡Qué cosas tienes! —respondió el pandillero en tono intrascendente—. A mi despacho del *night-club*, por supuesto.

—¿A las once de la noche… en lunes, día destinado a la limpieza y revisión? —se extrañó ella.

Kirpett hizo un gesto de impaciencia.

—Hija, la gente no baila en mi despacho, no lo ensucia, no lo utiliza para nada. Puedo ir perfectamente a trabajar, por raro que te parezca.

—Tengo entendido que los lunes nunca sueles salir de casa. ¿Por qué hoy, precisamente, papá?

—Enid, por favor. Es cierto que tengo la costumbre de quedarme los lunes en casa, pero no es un hábito que observe rígidamente. Algunos lunes también voy a…

—Me gustaría creer que tu salida no está relacionada con el doctor Quagley —dijo ella con rostro inexpresivo.

Kirpett ahogó una maldición.

—Enid, no te metas en mis asuntos. Eso no tiene que ver nada con el doctor Quagley, te lo garantizo.

—Muy bien, entonces, si no tiene nada que ver con él, quédate en casa.

Padre e hija se miraron durante unos segundos en silencio.

—Enid —dijo el *gangster*, conteniendo su cólera a duras penas—, ¿es que vas a dictar mis normas de conducta?

—Lo único que quiero es que te quedes en casa hoy, precisamente hoy. Sólo te pido eso, papá, como prueba de tu buena fe hacia mí.

—¿Ya no te basta mi palabra?

El seno de la muchacha se hinchó perceptiblemente. Kirpett esquivó la respuesta con los labios prietos, sellados.

—Lo siento, hija, pero tengo que salir —y se dirigió hacia la puerta.

Enid echó a correr, interponiéndose entre él y la salida con los brazos abiertos. Sus ojos despedían fuego.

—Papá, hasta hace poco he permanecido en la más absoluta ignorancia acerca de tus actividades. Siempre creí de ti que eras un activo y diligente hombre de negocios, una persona entregada por completo a tu trabajo; me diste cuanto necesitaba y nunca me negaste un capricho. Te he querido siempre y continúo queriéndote,

a pesar de haberme enterado de cosas verdaderamente horribles. Pero aún estás a tiempo de rectificar. Abandona todo, papá; ahora mismo, sin perder un segundo. Vayámonos lejos de Stillton, donde nadie nos conozca. Yo trataré de olvidar lo que has sido y lo que has hecho; eres mi padre y ese es un hecho que nadie puede negar. La sangre es más fuerte que cualquier otro sentimiento, es más espesa que el agua. Olvidaré todo, papá… pero déjalo ahora mismo, abandónalo en el acto. Hazlo por mí, te lo suplico.

Los dientes del *gangster* crujieron.

—Me estás pidiendo algo imposible, hija —contestó con voz tensa, dura como el diamante—. Aparta, déjame pasar.

—¿Es ésa tu última palabra?

Kirpett extendió su brazo. Enid se sintió irresistiblemente empujada a un lado.

—Papá —gimió.

En medio de un sombrío silencio, el *gangster* abandonó la estancia. Al quedarse sola, Enid caminó tambaleándose hacia un sillón, sobre el cual se desplomó al mismo tiempo que estallaba en violentos sollozos.

* * *

Con ceñudo semblante, Kirpett descendió los peldaños que conducían al sótano de su *night-club*. Allí, en su centro, atado sólidamente a una silla, estaba el prisionero.

El rostro del pandillero cautivo aparecía tumefacto a consecuencia de los golpes sufridos. Gruesas gotas de sudor hacían brillar sus facciones, en las cuales se advertía una viva expresión de terror.

—De modo que éste es —dijo Kirpett.

—El mismo, jefe —exclamó «Granito» servilmente.

Kirpett contempló al prisionero durante unos segundos. Luego, de repente, le golpeó la cara con el revés de la mano. La gruesa piedra del anillo que llevaba en la misma rasgó la piel de la mejilla del pistolero, haciéndole lanzar un aullido de dolor. La sangre fluyó al instante de la herida.

—¿Quién te ordenó matar al médico?

—Leroy —jadeó Rann, lívido de espanto.

—¿Por qué?

—No… no me lo dijo. Sólo me dio orden de matarlo.

—¿Era por achacarme las culpas a mí?

—No lo sé… Se lo juro, señor Kirpett. —Rann sollozaba de dolor y de pánico. En torno a él, Brassum y los otros dos pistoleros aparecían impasibles, sombríos, vivas imágenes de la muerte.

—¿Por qué lo quería matar?

—No lo sé… Leroy es muy reservado…

Kirpett fue a golpearlo de nuevo, pero se contuvo oportunamente. Movió la mano y se retiró al otro extremo del sótano.

—Brassum, vamos a ponerle a ese tipo unos zapatos de cemento.

El pistolero se estremeció. Era un tipo duro, cruel, sin entrañas, pero hasta aquel horrible género de muerte era capaz de conmover al sujeto más insensible. No obstante, a su modo, era leal a Kirpett y movió la cabeza afirmativamente.

—Está bien, jefe —contestó—. De todas formas…

—Habla —gruñó el *gangster*—. No te interrumpas…

—Yo había pensado en pegarle dos tiros y luego dejarlo a la puerta del Moonshine.

El Moonshine era el *night-club* de Leroy. Kirpett movió la cabeza, denegando la proposición.

—Ni hablar —decretó—. No conviene dejar rastros comprometedores. A Leroy le bastará saber que hemos atrapado a su gorila y que lo hemos liquidado. El Sangamon es muy largo y aunque nos denunciase a la policía, jamás podrían dar con el cuerpo de Rann. Anda a preparar todo para meterle los pies dentro de un cubo de cemento.

—Bien, jefe —contestó Brassum, sin variar un ápice la expresión de su rostro.

Más tarde, fue preciso poner una mordaza en la boca de Rann para evitar que sus alaridos pudieran escucharse, a pesar de que no había nadie en las inmediaciones. No obstante, sus enloquecidos esfuerzos por evitar el espantoso suplicio, los pies del pistolero fueron metidos en un cubo de cemento.

# CAPÍTULO X

NICK YORK acarició el paquete que tenía en el bolsillo. Dos mil dólares por realizar una labor tan sencilla. Una buena faena y contando además con la bendición o poco menos del capitán Turnpike, porque cuando el doctor le hacía actuar de aquella manera, a él que no le viniesen con cuentos, eso significaba que el matasanos y su amigo estaban conchavados para darle, un disgusto a Kirpett.

Lo malo era, se decía, mientras el coche rodaba lentamente en dirección al *night-club*, que Kirpett llegase a enterarse de quién había sido el autor del robo. Kirpett era un sujeto sin entrañas y si llegaba a averiguar que había sido él, ordenaría despacharlo con la misma tranquilidad con que solía encender sus magníficos habanos. Kirpett tenía muchas relaciones entre el hampa de Stillton y apenas viese que le habían «limpiado» la caja, empezaría a investigar y no pararía hasta hallar al autor del estropicio. Claro que para entonces él se hallaría ya a buena distancia de Stillton; con dos mil «machacantes» en el bolsillo, que le echasen no ya un galgo sino toda una cuadra de purasangres.

El matasanos parecía un tipo de redaños. Quagley metería a Kirpett en cintura. Para cuando hubiese acabado de gastar los dos mil dólares, Kirpett estaría ya fuera de la circulación y él podría regresar a Stillton. Eso, si por el camino no se tropezaba con alguna «lata» digna de recibir sus «atenciones» y en el suceso le permitía prolongar las vacaciones, que todo podía ocurrir.

Un súbito frenazo cortó en seco sus rosados sueños. York miró en torno suyo.

—Todavía no hemos llegado, doc —rezongó.

—Ya lo sé. Cubriremos a pie el último tramo. Son ciento cincuenta metros escasamente.

—O. K., doc —respondió el maleante con filosófico acento.

Cogió el maletín donde llevaba sus instrumentos y saltó a tierra, emparejándose con el joven. El *night-club* se hallaba en el extremo opuesto de la ciudad, en una zona escasamente poblada de edificios, la inmensa mayoría de los cuales estaban rodeados de sus respectivos jardincitos. El local de Kirpett no era una excepción, aunque en su parte anterior disponía de una gran explanada destinada al estacionamiento de los vehículos de sus clientes.

Quagley dobló a su izquierda, siguiendo la tapia de la propiedad contigua al *night-club*. Caminaban sumidos en las sombras de los árboles, tratando de no ser vistos. En su interior, el joven se felicitó de la coincidencia de que aquel día fuera lunes y el local estuviese cerrado.

Sin hacer el menor ruido, se acercaron a la parte posterior del edificio. Quagley había estudiado bien los detalles y sabía que había una puerta trasera para los proveedores. Cuando se disponían a doblar la esquina, oyeron el ruido de la puerta de un vehículo.

Quagley extendió la mano. York se detuvo.

Prudentemente, el joven asomó un ojo. Había un gran camión cerrado esperando en la pequeña explanada posterior, con la zaga casi pegada al muro del edificio. En aquel instante, dos individuos subían a la caja y cerraban las puertas.

Otros dos se dirigieron a la parte delantera. Uno de ellos, Quagley lo reconoció en el acto, era Kirpett. Kirpett trepó a la cabina, junto al conductor. Unos segundos más tarde, el camión se marchaba sin que ninguno de sus ocupantes hubiera reparado en el espionaje de que habían sido objeto.

¿Hacia dónde se dirigía el *gangster* a semejantes horas? Posiblemente, a realizar alguno de los negocios que no podían ser realizados a la luz del día. Como fuera, decidió, ello no era cuenta suya, Su labor consistía en vaciar la caja fuerte de Kirpett, eso era todo.

Cuando el zumbido del camión se hubo perdido en la distancia, Quagley movió la mano.

—Vamos —dijo lacónicamente.

Volvieron la esquina y se acercaron a la puerta posterior. El joven era portador de una gran antorcha eléctrica, con la cual iluminó brevemente la entrada del edificio.

—¿Nick? —murmuró.

—O. K., doc —contestó el maleante. Dejó el maletín en el suelo, se arrodilló y, abriéndolo, hurgó a tientas en su interior. Sacó un manojo de ganzúas, varias de las cuales probó hasta dar con la que se necesitaba.

El paso quedó franqueado, Los dos hombres penetraron en el edificio, cerrando a sus espaldas. El silencio era absoluto. Quagley encendió la linterna, alumbrando el arranque de una escalera que concluía en una puerta situada al nivel del primer piso.

—Aquí debe ser —decidió. Y empezó a subir sin más dudas. York le seguía silenciosamente.

Alumbró igualmente la cerradura de la puerta. El granuja utilizó otra ganzúa. Momentos después, penetraban en el despacho de Kirpett.

Quagley paseó el haz de rayos de la antorcha en todas direcciones. Los cortinajes de las ventanas estaban corridos, lo cual le evitó un trabajo. El foco de luz recayó durante unos segundos sobre el bar. York se encaminó rectamente hacia aquel punto, pero Quagley le atrapó por el hombro con unos dedos que parecían de acero.

—Lo primero es lo primero, Nick —dijo severamente.

—Doc, un traguito tan sólo —pidió el ladrón con voz plañidera.

Quagley se mostró inflexible.

—Después —expresó en tono que no admitía réplica,

York lanzó un suspiro de resignación.

—Necesitaré luz —gruñó, descontento por la prohibición.

—Con la linterna hay suficiente. Si ha de guiarse por el ruido, ¿para qué rayos le hace falta la luz?

—Por dos mil dólares… —empezó a decir el ladrón, pero su voz carecía de entusiasmo. Resignado, colocó el maletín sobre la mesa de despacho y sacó el estetoscopio—. ¿Dónde está esa «lata»?

Quagley dio la vuelta a la mesa. Hizo girar un cuadro, copia bastante buena de un óleo de Picasso, y la caja de caudales quedó al descubierto.

—Alúmbrame, doc —pidió York.

El joven hizo lo que le pedían. York se colocó los auriculares y aplicó la placa al metal. Sus sensibles dedos empezaron a mover las ruedecillas de la combinación de cierre. Fascinado por la tarea, York se olvidó en aquellos momentos de todo cuando no fuera conseguir la apertura del cofre fuerte.

Los minutos transcurrieron. Quagley se puso nervioso. ¿Y si Kirpett aparecía impensadamente? Sacó un cigarrillo y se lo puso en la boca, pero no tuvo tiempo de encenderlo.

Sonó un ligero chasquido y acto seguido una exclamación de triunfo:

—Listo, doc —exclamó York, sumamente satisfecho de sí mismo y de su indiscutible pericia.

El joven se acercó a la caja. Sentíase enormemente satisfecho de la idea concebida durante aquella noche de insomnio y ahora llevada a la práctica. En aquellos momentos en que el sueño no acudía a su llamada, había recordado de pronto algunos detalles de la entrevista sostenida con Kirpett en aquella misma estancia: la caja abierta, los libros de contabilidad, parte en su interior y parte sobre la mesa… allí debía haber, forzosamente, muchas cosas por cuya posesión, el fiscal del condado de Stillton hubiese pagado un buen precio. Bien, él le serviría la ocasión en bandeja. Una vez la policía estuviese en poder de toda la documentación del *gangster*, su ruina era cosa segura.

Rio alegremente mientras se acercaba a la caja, con un saquete de lona ya prevenido de antemano. Todos los libros de cuentas, todos los papeles, todos los documentos que vio en el interior del cofre fuerte, atravesaron las abiertas fauces del saquete. Al terminar, lo depositó sobre la mesa y ató fuertemente la boca del mismo.

El maleante lo contempló con gesto incrédulo.

—¡Cielos, doc! ¿Es eso todo lo que se lleva?

Quagley dirigió a su acompañante una mirada llena de sosiego.

—Sí, no necesito más, Nick.

—Rayos, doc, usted está chiflado. Ahí veo unos cuantos fajos de billetes que…

—No los toque, Nick —ordenó el joven severamente—. Le di dos mil dólares por obedecer exactamente mis órdenes.

—Oh, pero es una fortuna que despilfarramos tontamente, doc;

jamás se nos presentará una ocasión tan buena como ésta —se quejó el ladrón.

—Nick, hemos venido aquí a realizar un acto de justicia, no a robar. Si intenta tocar uno de esos fajos de dinero, tendrá que vérselas conmigo.

Los ojos de York recorrieron la fornida figura del hombre que tenía ante sí. Suspiró con fuerza; imposible soñar en reducirle por la violencia; el doctor era incomparablemente más robusto que él.

—Bueno, al menos me permitirá echar un traguito. Tengo el gaznate completamente seco.

—Primero hay que dejar todo como estaba… Aguarde un momento, Nick.

El joven volvió su linterna hacia la mesa. Había allí pluma y papel. Tomó la pluma y escribió algo en una nota que luego de plegada en cuatro dobleces, dejó dentro de la caja.

—Eso es todo, Nick. Ya puede cerrar.

El maleante cerró la caja cuidadosamente, pasando luego un paño por encima del metal. Al concluir, hizo volver el cuadro a su primitiva posición, hecho lo cual guardó cuidadosamente todos sus instrumentos en el maletín.

Quagley consultó su reloj.

—Puede tomarse una copa, Nick. Sólo una.

—O. K., doc.

Él también bebió un trago; lo estaba necesitando. Después limpió los vasos y paseó el haz de rayos por el despacho, viendo que todo estuviese como antes de su llegada. A continuación dio la orden de partida.

—Andando, Nick.

* * *

El camión se detuvo en las proximidades del río, en un lugar completamente solitario, cubierto de césped y matorrales y sombreado por una frondosa serie de arces, olmos, álamos y robles. Kirpett y Brassum saltaron de la cabina.

La puerta de la caja se abrió y los rostros de «Granito» y «Dallas» aparecieron al descubierto.

—Listos, jefe.

—Bien. Andando —contestó Kirpett lacónicamente.

Los dos rufianes cogieron al prisionero por bajo de los sobacos y

lo levantaron en vilo, con el cubo de cemento ya fraguado en sus pies. Lo descolgaron suavemente, ayudados por Kirpett y el otro. Rann se debatía furiosamente, pero tenía las manos atadas a la espada y la boca tapada por una mordaza, de modo que le resultaba imposible hacer nada por evitar la horrorosa muerte que le habían destinado aquellos malvados.

Entre los cuatro le condujeron a la orilla, en donde había un bote de fondo plano y grandes dimensiones. Uno tras otro, todos pasaron a la embarcación. Brassum se encargó de soltar las amarras y luego, empezó a remar en unión de «Dallas». El prisionero yacía tendido en el fondo del bote; sus ojos volteaban agónicamente en las órbitas, expresando claramente todo el horror de la situación.

La suave corriente les arrastró lentamente hacia el centro del río. Al llegar allí, Brassum y «Dallas» suspendieron su labor de boga. El bote derivó lentamente río abajo.

—Bueno —gruñó Kirpett—, ya es hora.

Uno de los forajidos se inclinó sobre el prisionero y, con sadismo sin igual, le quitó la mordaza. Un tropel de palabras inarticuladas brotó de la boca de Rann,

—No… no… por lo que más queráis… Soltadme, os lo ruego… Me iré de Stillton… declararé contra Leroy… Lo que queráis, pero soltadme…

—Quítale las ligaduras de las manos —ordenó Kirpett secamente.

Un rayo de esperanza parecía brillar unos instantes en el negro horizonte del pandillero. Pero aquella esperanza se disipó bien pronto.

—Abajo —decretó Kirpett lacónicamente.

Los dos pistoleros agarraron a Rann por las piernas y los sobacos. Lo mantuvieron unos momentos en alto, balanceándolo ligeramente y luego, a una, lo arrojaron al agua.

El brutal alarido de agonía del desdichado quedó cortado en el acto por un horrendo gorgoteo cuando el agua le penetró por la boca abierta. Morbosamente fascinado, Kirpett se inclinó sobre la borda del bote contemplando las burbujas que emergían a la superficie desde el fondo del río. «Dallas» mantenía el bote contracorriente, con suaves remadas.

Las burbujas cesaron de salir bien pronto. Kirpett se volvió.

—El río es aquí muy profundo —dijo—. No lo encontrarán en cien años.

Alguien soltó una risita.

—Los peces se van a indigestar, jefe.

—Sí —respondió Kirpett. Luego añadió—: Bueno, vámonos de aquí; quiero llamar a ese bastardo de Leroy antes de que se haga de día.

Brassum y «Dallas» empezaron a remar hacia la orilla. Hora y media más tarde, estaban de nuevo en el despacho.

Mientras «Granito» preparaba cuatro bebidas para celebrar el éxito de la expedición, Kirpett tomó el teléfono y marcó un número.

Esperó casi un minuto. Al fin sonó una voz en sus oídos.

—¿Quién es?

—Kirpett.

El bandido escuchó claramente el resoplido de sorpresa de su competidor. Después, Leroy dijo:

—¿Qué diablos quieres, Hash?

—Escucha, Will, tú tenías empleado a un sujeto llamado Rann.

—Sí, es cierto… Oye, ¿por qué diablos dices tenía?

Kirpett soltó una risita.

—¿No te sugiere nada la palabra, Will?

«Granito» le entregó un vaso. Kirpett bebió complacidamente, mientras percibía con toda claridad los gruñidos de sorpresa de su antagonista.

—Hash, no me irás a decir que tú…

—Sí, querido colega. Rann está sirviendo ahora de pasto a los peces del Sangamon. Le pusimos unos zapatos de cemento, ¿sabes?

—¡Maldición! Rann no te había hecho nada a ti, Hash —aulló Leroy coléricamente.

—Directamente, no, claro; pero estuvo a punto de causarme un grave perjuicio.

—No te entiendo, Hash; yo no me he metido contigo, ni siquiera después de lo de Garris.

—Te lo diré con toda claridad, para que me entiendas bien. Tú enviaste a Rann para que intentara cargarse al doctor Quagley.

Leroy soltó una explosiva interjección de sorpresa.

—¿Cómo diablos lo sabes? —aulló.

—Eso es lo de menos ahora —contestó Kirpett lacónicamente—.

Lo que me interesa que sepas es que debes abstenerte de tocar para nada al doctor Quagley o, de lo contrario, los próximos zapatos de cemento serán para ti, ¿me has comprendido? Deja a un lado al matasanos, no le toques al pelo de la ropa si quieres seguir viviendo, Will.

—Pero, ¿qué infiernos puede interesarte a ti ese maldito médico? —bramó Leroy.

—¿No crees que yo también podría formularte la misma pregunta? —contestó Kirpett—. Will, ¿por qué querías cargártelo?

—Ese es asunto mío —contestó el *gangster*, envaradamente.

—Muy bien, entonces, te lo diré yo. Sabes que la esposa de Quagley murió en el mismo jaleo que Garris y ahora quieres cargarme también la muerte del médico para terminar de hundirme. O. K., Leroy; toca al médico y te enviaré al infierno, aunque para ello deba estrangularte yo mismo con mis propias manos.

—Te equivocas, Hash —dijo Leroy, dominándose—. Lo que hice no tiene nada que ver contigo. Puedes estar seguro. Es un asunto particular entre el médico y yo.

Kirpett se desconcertó. Su rival parecía sincero. Pero, si no quería la muerte de Quagley por complicarle a él, ¿qué motivos le habían impulsado a enviar un pistolero contra el médico? ¿Se había precipitado al hacer matar a Rann?

—Como sea —gruñó—, déjalo en paz. Olvídalo, no toques uno solo de sus cabellos o te pesará, Will Leroy. —y sin más, colgó el teléfono, quedándose durante unos momentos sumamente pensativo, pues no acababa de comprender los motivos de su antagonista.

El pensamiento de que había cometido un error que más adelante podría tener incalculables consecuencias, le hizo sentir un profundo escalofrío.

# CAPÍTULO XI

AL pasar por delante del escritorio de Finney, el doctor Quagley dijo:

—Voy a trabajar, Finney. No quiero recibir a nadie, que no se me moleste en absoluto para nada, excepto que sea un asunto de vital importancia. ¿Entendido?

—Entendido, doctor.

El joven penetró en su despacho, cuya puerta cerró con llave. Estaba cansado, la noche anterior había dormido solamente unas pocas horas y el día había sido muy laborioso. Pero no quería acostarse sin antes haber arrojado un vistazo a los libros y documentos que había arrebatado del despacho de Kirpett.

Se preguntó por qué no los había enviado inmediatamente a la policía. Había estado calculando el mejor modo de hacerlo sin comprometerse directamente. Turnpike no era tonto y sabría que si él se presentaba con el saquete, Nick York había tenido algo que ver con la obtención de los comprometedores documentos. Aunque buen amigo suyo, Turnpike tenía un carácter muy estricto y no le agradaría mucho haber sido objeto de un engaño, aunque tal engaño hubiese dado como resultado la obtención de un botín tan valioso para la policía. ¿Enviarlos por correo, dando una dirección y un nombre falsos?

Bueno, de momento, la cosa podía esperar un día o dos. Claro que Kirpett abriría la caja y vería la falta de todos sus documentos. Pero si intentaba la huida, él mismo se declararía culpable y si se quedaba en la ciudad, el resultado sería el mismo. Sí, la entrega de los documentos podía retrasarse tranquilamente un día o dos.

Abrió un armario y extrajo del mismo el saquete. Desató la boca, y sacó el primer libro. Encendió un cigarrillo y colocó la lámpara de mesa en una posición adecuada.

Empezó a repasar las páginas del libro. Su contenido era muy interesante. Había allí una larga serie de asientos, muchos de ellos terriblemente comprometedores para algunas prominentes figuras de Stillton. Cuando el contenido de aquel libro se hiciese público, se produciría en la ciudad una explosión de resultados incalculables.

Sacó otro libro. En éste constaban los ingresos y salidas por las apuestas clandestinas de caballos. El departamento de Hacienda se frotaría las manos de gozo al echar mano al libro. Por defraudación de impuestos, había allí material suficiente para enviar a Kirpett a la cárcel durante un buen montón de años.

Se disponía a encender un nuevo cigarrillo cuando sonó el zumbador del interfono. Muy enojado, movió la palanquita de contacto, dispuesto a reprender duramente a la enfermera por la interrupción.

—Doctor —oyó la voz de Finney.

—Le dije antes que estaba muy ocupado —gruñó el joven.

—Lo sé, pero tiene que recibir esta visita.

El tono de voz de Finney le intrigó.

—¿Quién es? —preguntó, a su pesar.

—Acuérdese de las manzanas del Mar Muerto —respondió sibilinamente la enfermera, cortando la comunicación en el acto.

Quagley permaneció atónito durante unos momentos. Luego reaccionó al comprender el sentido de la frase de Finney. Rápidamente, tomó los libros y los volvió al saquete, que depositó al pie de la mesa, a su derecha, justo en el momento en que la puerta se abría y Enid Kirpett cruzaba el umbral.

El rostro de la muchacha aparecía serio y concentrado. Quagley se puso en pie para recibirla, indicándole cortésmente un asiento.

—¿Señorita Kirpett?

Ella contestó con una breve inclinación de cabeza.

—Doctor.

Cuando Enid se hubo sentado, él se sentó también. Los dos jóvenes permanecieron en silencio durante unos instantes.

—Una vez más vengo a suplicarle, doctor —dijo ella al fin.

—La escucho, aunque de antemano le advierto que pierde el

tiempo, señorita —respondió Quagley firmemente.

—Su ansia de venganza es lógica, doctor —manifestó la muchacha—. Es doloroso tener que admitirlo, pero también usted debe ser razonable y admitir que su posible desquite no volverá a la vida a la señora Quagley.

El joven encendió un cigarrillo con pausados movimientos.

—Una vez más he de repetir que no se trata de venganza, sino de justicia. Haciendo justicia —agregó con calor—, evitaré que puedan morir más inocentes.

—¿Y si yo le garantizase que mi padre va a abandonar esta vida?

Una irónica sonrisa floreció en los labios del médico.

—Su optimismo y amor filial son realmente encomiables, señorita Kirpett. Desgraciadamente, debe usted admitir también que los sujetos que han elegido la profesión de su padre no la abandonan jamás, por muy buenas intenciones que pongan en ello. Se han creado una serie de intereses, de los cuales son prisioneros hasta que mueren tarde o temprano y, en la inmensa mayoría de los casos, violentamente. Supongamos —agregó—, que yo desisto de la acción contra su padre. ¿Piensa que éste no tiene enemigos que desean aniquilarle igualmente?

—En tal caso, ¿por qué no deja que sean ellos los que se encarguen de hacerlo? Llamó asesino a mi padre y, desgraciadamente, sus palabras reflejaban la verdad; pero, ¿no cree que actuando como actúa se pone a su misma altura, doctor?

—Yo no soy un asesino —respondió él ásperamente—. No mato a las personas, me esfuerzo en salvarlas; cosa muy diferente, como puede comprender, señorita Kirpett.

Ella movió la cabeza pesarosamente.

—Usted me recuerda al fariseo del Evangelio, doctor. «¡Oh, Señor, te doy gracias porque yo no soy como los demás hombres…!» —Enid inclinó el busto hacia adelante—. ¿Dónde están sus sentimientos de compasión, doctor?

Quagley apretó los labios.

—Supóngase que cedo, señorita —dijo al cabo—. ¿Cederán los demás? ¿Cederá la policía, el fiscal, el juez y el jurado el día que atrapen a su padre? ¿Se presentará usted también ante el tribunal llamándolos fariseos?

—Ellos son la ley, doctor. Tienen como misión juzgar, y castigar.

La suya es curar a los enfermos.

—No me diga lo que debo y no debo hacer, señorita Kirpett —rezongó él—. Aun así, podría ceder, si su padre abandonara todo inmediatamente. Pero, ¿qué ocurrirá si no lo hace? Más personas resultarán robadas, estafadas, drogadas, posiblemente muertas por sus acciones. ¿Cree que yo puedo consentir una cosa semejante?

Los ojos de la muchacha brillaron súbitamente.

—Supongamos que persuado a mi padre para que abandone su vida inmediatamente, doctor. ¿Dejará usted de intentar castigarle, de querer saciar su sed de venganza?

Quagley sonrió irónicamente.

—¿Tiene algún plan para conseguirlo? —inquirió.

—Voy a dejar Stillton —respondió ella—. Antes le hablaré y le diré que no quiero volver a verle, si no se viene en el acto conmigo. ¿Le satisface mi solución?

—¿Y dejar libre al hombre que mató a mi esposa? —tronó el joven.

—¿No le enseñaron nunca a perdonar, doctor?

Las mandíbulas de Quagley se contrajeron bruscamente.

—Cuando esté verdaderamente seguro de que lo que dice es cierto, entonces… entonces meditaré acerca de lo que debo hacer —respondió al cabo, en tono evasivo.

Enid se puso en pie.

—Antes de veinticuatro horas tendrá usted una respuesta definitiva, doctor.

Quagley extendió la mano.

—Muy bien, señorita Kirpett —dijo—. Supongamos que acepto el trato. Pero supongamos también otra cosa. Imagínese que su padre no quiere obrar como usted desea.

Recordando la escena de la noche anterior, Enid se descorazonó momentáneamente. Pero ahora, se dijo, actuaría de un modo definitivo. O su padre se venía con ella o ella abandonaría la casa de su padre para siempre.

—Entonces —dijo con voz tensa—, supongo que no me quedará otro recurso que dejarle en libertad de acción, doctor.

Y pronunciadas estas palabras, la muchacha salió de la estancia con paso firme.

Quagley encendió un cigarrillo al quedarse solo. El tabaco le

supo a demonios y lo tiró rabiosamente.

Contempló con ira el saquete que tenía a sus pies. Allí estaban las pruebas que podían condenar al *gangster* definitivamente… pero ahora no sabía qué hacer. ¿Permitiría que un asesino, por muy arrepentido que estuviese, se paseara libremente por el mundo?

La entrada de la enfermera cortó en seco sus amargas meditaciones.

—¿Y bien, doctor?

Quagley la miró hostilmente.

—¿Qué quiere ahora, Finney?

—Saber en qué ha terminado la cosa —respondió ella con toda frescura.

—Estamos igual que estábamos, Finney —rezongó el joven.

—Tiene cara de haberse tragado una de esas manzanas, doctor —dijo la enfermera—. Y es una lástima, porque la muchacha es sincera.

—No dudo de su sinceridad, Finney, pero ello no devolverá la vida a mi esposa.

—Ni tampoco sus ansias de venganza.

Quagley y la enfermera se contemplaron mutuamente.

—Es una lástima que haya cerrado su corazón a todo sentimiento compasivo, doctor. —Finney meneó la cabeza con gesto pesaroso—. Si no modifica su manera de pensar, vivirá siempre envuelto en una cáscara de rencor y de odio que le amargará continuamente la existencia. Deje de buscar manzanas malolientes y enfréntese valerosamente con la realidad de la existencia. Esa chica le ofrece la paz, ¿por qué, pues, no la acepta?

—¿La aceptará su padre? —retrucó él incisivamente.

—Sí.

—Muy segura está de lo que dice, Finney. ¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que Enid le ama a usted, doctor.

El joven se quedó sin aliento.

—¡Absurdo! —explotó al cabo, colérico—. Finney, mañana la enviaré al doctor Latimer, el mejor siquiatra de Stillton.

—No diga tonterías —respondió la enfermera con aspereza—. Ella le ama, pero no lo sabe siquiera. Desea la paz para su padre, porque lo es, pero, en el fondo, subconscientemente, se ha enamorado de usted y le duele que el hombre a quien quiere se

vaya a convertir también en otro asesino. Olvide sus ideas de desquite y permita que sean los otros los que se encarguen de Kirpett. Cure a los enfermos, doctor, no los mate.

Quagley apretó los labios.

—Si no fuera porque la aprecio, Finney, la despediría en el acto —dijo secamente.

—Estoy lista para marcharme cuando usted lo ordene, doctor —respondió la enfermera con todo desparpajo—. Pero me despida o no, lo que es verdad, seguirá siendo verdad por más que usted se empeñe en todo lo contrario. El odio, el rencor y el ansia de venganza, han envenenado su alma, pero si no elimina de ella esas toxinas síquicas, usted mismo terminará autodestruyéndose. Y entonces no eche a nadie más que a usted la culpa de lo que pueda sucederle, porque entonces le dirán que pudo evitarlo y no lo hizo.

—¡Maldita sea! ¡Finney! —gritó el joven.

Pero la enfermera ya no le oía. Con paso firme, abandonó la estancia, sin añadir una sola palabra.

Al quedarse solo, el joven sufrió un terrible acceso de cólera. Y como no tenía a mano nada en qué descargarla, acarreó un terrible puntapié al saquete que contenía los comprometedores documentos.

* * *



*—Usted prometió vengarse de mi padre...*

4 - MANOS

Los nudillos de Will Leroy crujieron.

El macizo «Square» estaba frente a él, contemplándole con gesto impasible. Unos pasos más allá, estaban dos de sus mejores pistoleros, Gray y Kopper, citados apresuradamente, después de haberse enterado de la muerte de Rann.

Los forajidos guardaban silencio. Leroy sabía lo que estaban pensando: en el desquite contra Kirpett.

La muerte de Rann había supuesto un rudo golpe contra él, pero más contra su prestigio. Leroy no sabía por qué Kirpett tenía tanto empeño en proteger la vida del médico; las razones alegadas acerca de un posible compromiso a fin de no resultar más perjudicado con la posible muerte de Quagley después de la de su esposa, le parecían especiosas y sin fundamento. Era cierto que él había ordenado liquidar al médico; la humillación sufrida en su despacho, junto con el ansia de poseer la propiedad, le había hecho dar a Rann la orden de suprimirlo. Quagley no tenía herederos, de modo que Muldoney debería resignarse a venderle la finca.

Ahora, sin embargo, este asunto había pasado a lugar secundario. No podía lanzarse a la adquisición de la propiedad sin antes haber resuelto de una vez su rivalidad con Kirpett. Kirpett debía ser eliminado de la escena… pero Leroy sabía que su competidor estaba siempre muy bien protegido. Sus hombres se mostrarían renuentes a iniciar un tiroteo, cuyos resultados eran imprevisibles.

No obstante, se daba cuenta de una cosa: si no hacía algo contra Kirpett, su prestigio se vendría por los suelos y sus asalariados le abandonarían, eso, si no había alguno de ellos con ambiciones de tomar su puesto. Mantener el prestigio era vital para él, tanto como desquitarse de Kirpett. En realidad, la muerte de Rann le importaba menos en sí que el golpe recibido. Si no lo devolvía, sus hombres le despreciarían… y ya no podría llevar a cabo los planes de expansión de sus «negocios», elaborados y acariciados durante largo tiempo.

Súbitamente, sus ojos brillaron. Pero, ¡qué estúpido había sido! ¿Cómo no había concebido antes la idea?

Sería una acción magnífica; Kirpett recibiría el golpe en el lugar menos esperado y más doloroso. Y, de paso, lo eliminaría totalmente. «¡Una estupenda solución!», pensó finalmente.

Miró a sus esbirros con duro gesto.

—«Square», Gray, Kopper, vamos a vengar la muerte de Rann —dijo.

Los rostros de los pandilleros, inexpresivos hasta aquel momento, se iluminaron de repente. Leroy les hablaba de venganza;

astutamente, les presentaba un cebo apetitoso, mejor aún que hablarles del golpe que iba a recibir Kirpett. Rann había muerto y ellos tenían que vengarlo. Si su jefe no les ordenaba hacer algo en tal sentido, le considerarían como un pelele sin redaños.

—Buscad a la hija de Kirpett, secuestradla y cuando lo hayáis conseguido, llevadla a mi cabaña de Green Lake. Entonces, «Square» se quedará allí a cuidarla hasta que reciba mis instrucciones, ¿entendido?

Los *gangster* se miraron unos a otros en silencio.

«Square» sonrió. Gray se echó a reír. Unos segundos más tarde, la estancia retumbaba con el ciclón de carcajadas que había producido en aquellos desalmados la sensacional idea de su jefe.

Leroy sonrió complacido. El plan era estupendo. No podía fallar. Mataría dos pájaros de un tiro… y hasta era posible que incluso Kirpett, sin saberlo, acabase costeándole el precio que Muldoney pedía por la propiedad que ahora ocupaba el doctor Quagley. El pensamiento de que su rival pagaría por él le hizo reír hasta que los costados le dolieron y las lágrimas bañaron sus mejillas.

* * *

Enid Kirpett salió de la clínica, tambaleándose, casi sin ver, a causa de las lágrimas que inundaban sus hermosos ojos. Quagley se había mostrado duro, inflexible, aunque a última hora, parecía haber cedido buena parte de sus posiciones. Sin embargo, no fiaba del todo en el joven médico.

Pero aún fiaba menos en su padre. La escena de la noche anterior se lo había demostrado de modo concluyente. Su padre no abandonaría jamás aquel género de vida. Estaba demasiado metido en ella para poder dejarla con tanta sencillez como ella deseaba. Desgraciadamente, Quagley tenía toda la razón del mundo.

¿Qué podía hacer si se cumplían las previsiones del médico? ¿Marcharse de Stillton y abandonar para siempre a su padre? ¿Dejar que Quagley siguiera adelante con sus propósitos de venganza?

Sacó un minúsculo pañuelito del bolso y, ya junto al coche que había utilizado para llegar hasta la clínica, se enjugó las lágrimas. Luego se sentó tras el volante, en la más completa ignorancia de que hacía ya varias horas que todos sus movimientos eran minuciosamente observados.

Dio el contacto y encendió las luces del salpicadero. El retrovisor

que había sobre el parabrisas disponía de una lucecita y ésta se encendió también. Enid alargó la mano para apagarla. Entonces se quedó helada de espanto.

A través del espejo vio dos sombras confusas que se alzaban en el asiento posterior. Aterrorizada, intentó gritar.

Una mano le tapó la boca, impidiéndole emitir el menor ruido. Otra la agarró por un brazo, al mismo tiempo que delante de sus narices le colocaban un algodón empapado en una sustancia que despedía un fuerte olor desagradable y dulzón a un tiempo.

Enid se debatió, comprendiendo que trataban de anestesiarla para cometer secuestro con ella. Los insidiosos vapores del éter penetraron a través de sus fosas nasales. Poco a poco, sus movimientos se fueron haciendo más débiles hasta cesar del todo.

Segundos antes de caer en la inconsciencia, pensó en Quagley instintivamente. ¿Había pensado el médico en vengarse de su padre de aquella manera tan ruin?

Pero no, Quagley no podía actuar de semejante forma.

¿Entonces…?

La pérdida del conocimiento sobrevino antes de que pudiera hallar una respuesta satisfactoria para tan acongojantes preguntas.

# CAPÍTULO XII

HASH KIRPETT encendió el habano y aspiró el humo sin verdadera satisfacción. Los problemas de su hija le tenían muy preocupado. La quería sinceramente y estaba dispuesto a hacer por ella cualquier cosa que le pidiera. Pero Enid se negaba a pactar con él; sólo quería que abandonase de modo rotundo y tajante la vida que llevaba. La noche anterior lo había dicho bien claro y no cabían ya dudas acerca de la postura que había adoptado la muchacha.

Rezongó algo entre dientes. Abandonar los negocios. Era más fácil de decir que de hacer. Sus asuntos le producían ahora unos saneados dividendos. Claro que, de cuando en cuando, tenía que quitar de en medio a algún competidor, pero esto no era pecado grave, si se consideraba que sólo se metía con granujas. No solía ocuparse de las personas decentes… excepto en el maldito caso de Ann Quagley, ajeno por completo a su voluntad. ¿Por qué diablos había tenido que errar tan miserablemente aquella pareja de pistoleros contratados? Si Leaven y Grossetto hubieran acertado, la esposa del médico estaría aún viva, Quagley no habría ido a verle… y Enid no se habría enterado de la verdadera condición de sus negocios. Una maldita combinación de circunstancias que se conjugaban en contra suya y que podían arruinarle si no se espabilaba en reaccionar adecuadamente.

El timbre del teléfono sonó de pronto. Alargó la mano, adelantándose a Brassum.

—Kirpett —dijo secamente.

—Leroy —oyó al otro lado. Sonó una risita. Kirpett se puso rígido, mientras su antagonista le saludaba cortésmente—. ¿Cómo

te encuentras, colega?

—Mejor que Rann, por supuesto —respondió Kirpett ácidamente —. ¿Qué diablos te trae ahora al teléfono, hijo de perra?

Leroy hizo caso omiso del insulto.

—Poca cosa, colega. Solamente pedirte doscientos de los grandes y la escritura de venta de tu *night-club*.

—¿Intentas hacerme objeto de un chantaje? —rugió el pandillero—. Will, estás pisando terreno muy resbaladizo. Ten cuidado no te hundas en él hasta el cuello. No tienes nada que pueda servirte de prueba en contra mía, ¿me oyes?

—Sí, claro, gritas demasiado y me duelen los tímpanos. Pero tú harás todo lo que te digo. Doscientos mil y la escritura de venta. ¿Está claro?

—Escucha, Will, ignoro qué es lo que te propones, pero voy a decirte una cosa: si quieres guerra, la habrá. Y te aseguro que no seré yo el que salga perdiendo, ¿estamos?

Leroy volvió a reír. A Kirpett le pareció que escuchaba la risa de una hiena.

—Hash, tengo entendido que amas tiernamente a tu encantadora hija, ¿no es cierto?

Hubo una pausa de explosivo silencio, durante la cual, Kirpett trató de llegar al fondo de las palabras que acababa de escuchar.

—Will, no me digas que Enid…

Al otro lado de la línea, Leroy se miró las uñas, echó aliento sobre ellas y luego las frotó contra la solapa de su traje.

—Sí, querido colega. Enid está en mi poder. Rescatar a tu preciosa hija te costará doscientos mil y la escritura de venta del club. ¿Está claro?

—¡Maldición! Will, tú no puedes hacerme esto. Mi hija no tiene nada que ver con nuestros asuntos. Déjala a un lado…

—Eso es lo que pienso hacer, Hash. Solamente con que prepares las doscientas «sábanas» y el contrato de venta, la linda Enid quedará libre y suelta.

—Si te agarro, te sacaré la piel a tiras —Kirpett mordía las palabras.

Leroy volvió a reír.

—No me tocarás al pelo de la ropa, Hash. Enid está muy bien guardada por unos hombres de mi entera confianza y si a mí me

sucediera algo, la rebanarían el pescuezo sin pensárselo dos veces. —sádicamente, añadió, gozándose en el dolor y la rabia de su antagonista—: Suponiendo que antes no se les ocurriese disfrutar de los innegables encantos que atesora el magnífico cuerpo de tu preciosa hija, Hash.

La idea que aquellos forajidos pudieran atropellar a Enid antes de matarla, hizo que el rostro de Kirpett adquiriese un pronunciado tinte encarnado. Por contraste, sus nudillos blanqueaban al crisparse sobre el teléfono.

Implacable, Leroy prosiguió:

—Espero tu respuesta para dentro de veinticuatro horas. Si pasado ese plazo no has contestado afirmativamente, te enviaré una de las lindas orejitas de tu hija. Y así; hasta que cedas, ¿estamos?

Sonó un «clic» antes de que Kirpett pudiera replicar a su antagonista. Kirpett permaneció unos momentos indeciso, con el teléfono en la mano, mirándolo como si fuese un instrumento de muerte.

Luego colgó y miró a Brassum.

—Leroy ha raptado a Enid. Pide por ella doscientos mil y el club.

—Buen golpe —dijo el pandillero, fríamente—. ¿Qué piensa hacer, jefe? ¿Pagar o intentar rescatarla?

Kirpett reflexionó unos segundos.

—Enid no está en Stillton. Leroy no es tonto y sabe que yo puedo organizar una incursión en el Moonshine. Por lo tanto, la tiene fuera de la ciudad. Pero, ¿dónde?

Miró a sus pistoleros uno tras otro.

—Enid es mi hija y la quiero más que a nada en este mundo —dijo—. Si no aparece, me veré obligado a claudicar. Pero si sucede esto, vosotros quedaréis sin trabajo. Leroy no querrá admitiros en su banda. Conmigo tenéis un buen sueldo y la seguridad de que no os abandonaré en ningún momento.

Inspiró con fuerza.

—Leroy pide doscientos mil. Esto me arruinaría, sin contar ya con la venta del club. Os daré cien mil si averiguáis el paradero de mi hija antes de veinticuatro horas. El sueldo de Brassum será en lo sucesivo de mil quinientos semanales y el de vosotros dos, «Granito», «Dallas», de mil. Es todo cuanto tengo que deciros.

«Granito» tocó a «Dallas» en el codo.

—Vamos, tú —dijo lacónicamente.

Los dos pistoleros salieron de la estancia. Brassum revisó su pistola.

—Conozco a un sujeto que quizá pueda darme alguna pista. Le llamaré en cuanto haya averiguado algo, jefe.

—Estaré aquí o en mi casa, Brassum.

—De acuerdo.

Al quedarse solo, Kirpett se acercó al bar y se sirvió un buen trago de whisky. Trató de serenar sus ideas y establecer un plan de campaña por si lograba averiguar el lugar donde Enid había sido escondida. Había algo que le preocupaba infinitamente más que las amenazas de muerte de que había sido objeto su hija: pensar que podía ser objeto de diversión para unos desalmados, le ponía fuera de sí incluso más que el pensamiento de verla degollada, tal como había prometido Leroy.

Bebió de nuevo. Luego se dijo que era preciso estar precavido contra cualquier contingencia. En la caja de caudales tenía cuarenta o cincuenta mil dólares. El talonario de cheques estaba también guardado allí, no se fiaba de nadie, a pesar de sus protestas. Haciendo un esfuerzo, conseguiría reunir el rescate pedido. Pero cuando Enid hubiese sido salvada, aquel maldito Leroy…

Echó el cuadro a un lado y abrió la caja. Un rugido de espanto se escapó en el acto de sus labios.

* * *

El zumbido del interfono sonó persistentemente. Quagley dio el contacto.

—¿Qué hay, Finney?

—Doctor, tiene usted una visita.

—No estoy para nadie, Finney. ¿Cuántas veces he de decírselo? —tronó el joven.

—¡Para mí sí está usted, doctor! —sonó una voz a través del interfono.

Quagley se quedó mirando al aparato como si no creyera en lo que acababa de oír. Antes de que pudiera reaccionar, la puerta del despacho se abrió con violencia inusitada.

Kirpett avanzó con paso rápido hasta situarse junto a la mesa. Los dos hombres se miraron en silencio durante unos momentos.

Quagley permanecía inmóvil, sentado, con los codos apoyados sobre la tabla y los dedos entrelazados.

—Doctor, Enid ha sido secuestrada —espetó Kirpett, sin previo aviso.

El joven sufrió un fuerte choque. Su impasibilidad quedó notablemente quebrantada.

—¿Secuestrada? —repitió.

—Así es. —Kirpett se derrumbó sobre un sillón—. Un tal Leroy. ¿Lo conoce usted?

—Sí. Vino aquí a verme. Desea comprar la propiedad.

Los ojos del *gangster* centellearon.

—De modo que es por eso por lo que intentó asesinarlo —dijo.

—Supongo —contestó el joven, fríamente—. Como sea, no pienso acceder a sus pretensiones. Pero creo que estábamos hablando del secuestro de su hija.

—Así es, doctor. Y he venido a proponerle un trato.

Quagley enarcó las cejas.

—No suelo pactar con asesinos —contestó con glacial acento.

—Deje eso ahora a un lado —gruñó el *gangster*—. Estamos hablando de mi hija.

—Es cuenta suya y no mía, Kirpett. ¿Por qué voy a preocuparme yo ahora de la vida de una persona con la cual no tengo la menor relación? ¿Le ha importado a usted mucho la muerte de mi esposa?

Kirpett se enderezó en el asiento.

—Doctor, conozco las intenciones de Enid. Si consigo rescatarla, le prometo abandonar la ciudad. ¿No es eso lo que ella le pidió?

—Supongámoslo —contestó Quagley, evasivamente.

—No hay suposición que valga, es la verdad.

—¿Y qué? Démoslo por cierto. Bien, sí, vino a rogarme que no hiciera nada contra usted. En cierto modo, le prometí permanecer al margen si usted abandonaba todo. Es más de lo que puedo hacer, porque de este modo, renuncio a mis ideas de venganza.

—Está mintiendo, doctor.

Quagley procuró mantener la serenidad.

—Mató a mi esposa. Ahora me insulta a mí. ¿Qué más le queda por hacer, Kirpett?

—Dice que no quiere actuar contra mí, doctor. Entonces, ¿por qué robó de mi caja fuerte todos los documentos que había en el

interior de la misma? La nota que me dejó lo dice bien claro.

El joven apretó los labios. Kirpett sonrió.

—No puede negarlo. Los tiene usted todavía, doctor. Ignoro el medio cómo pudo conseguir forzar el cofre fuerte, pero, en todo caso, debo manifestar que admiro su astucia y su valor. Nadie hubiese sido capaz de hacer lo que ha hecho usted, aunque ya me figuro que alguien le habrá ayudado, con toda probabilidad un experto… y no un tipo honrado, porque un sujeto decente no habría aceptado el encargo. Estoy seguro de que utilizó a un tal York para que abriese la caja, ¿no es cierto?

Quagley mantuvo un obstinado silencio. Después de una breve e infructuosa espera, Kirpett continuó:

—Le dejo los libros como garantía de mis intenciones posteriores. Ahora bien, había en la caja algo que necesito perentoriamente. Entréguemelo, se lo ruego, Leroy pide por Enid doscientos mil dólares y la venta del club. Entre los documentos que se llevó figura también la escritura de propiedad del edificio. Necesito este documento, doctor. Le dejo todo lo demás.

Quagley consideró la situación durante breves momentos.

—¿Y quién me asegura que después de haberle entregado lo que me pide no me pegará usted cuatro tiros aquí mismo?

Kirpett se llevó la mano al interior de la chaqueta. Sacó la pistola y la puso sobre la mesa.

—Esa es mi garantía —respondió. Levantó los brazos. —Puede registrarme si quiere, doctor. No llevo encima ni un palillo de dientes.

El joven reflexionó unos instantes. Luego, dijo:

—Espere en el antedespacho, de todas formas. Ya le llamaré yo cuando haya hallado el documento que me pide, Kirpett.

Sin pronunciar una sola palabra, el *gangster* se puso en pie y salió del despacho.

Más tarde, Finney entró en la habitación.

—Ese pájaro se encuentra en un buen apuro, ¿eh?

—Sí. Le han dado una dosis de su propia medicina —contestó el joven, impasible.

—¿No le impresiona pensar que la muchacha puede sufrir graves daños, doctor? —preguntó Finney, intencionadamente.

Quagley le dirigió una larga mirada.

—No soy el padre de Enid Kirpett —contestó.

Finney movió la cabeza.

—Si no lo expulsa de su corazón, el rencor terminará por ahogarle, doctor —repitió.

# CAPÍTULO XIII

EL sol brillaba radiante en lo alto del cielo, a pesar de que ya había rebasado hacía rato el ápice de su curva diaria. Silenciosamente, el coche rodaba por el estrecho camino que se abría paso por entre la frondosa vegetación de tipo montañoso que se extendía hasta perderse de vista.

En el interior del auto, Kirpett elaboraba su venganza. Rescatase o no a Enid, viviera o no la muchacha, Leroy pagaría con su vida la ofensa que le había inferido. Podía perdonarle cualquier cosa, menos el secuestro de Enid. Aunque quedase arruinado, aunque tuviese que pagar luego con su propia vida, Leroy debía morir.

El coche se detuvo de pronto. A cincuenta metros, el camino doblaba casi en ángulo recto, en una pronunciada curva hacia el norte.

«Granito» era el conductor. Volvió la cabeza y dijo:

—La cabaña está ya a mano, jefe.

—¿Estás seguro? —preguntó Kirpett.

—Bueno —el pandillero rio siniestramente—. El tipo que nos lo dijo lo juró por todos sus antepasados. Ahora se ha reunido con ellos.

—Leroy siempre alardeó de disponer de una cabaña de recreo en las montañas, jefe, recuerde —terció Brassum.

—Bien —concedió Kirpett—. Vamos a rescatar a Enid, pero, cuidado con lo que se hace. Por lo menos, habrá uno guardándola. Hay que acercarse cautelosamente, a fin de evitar que el que está allí le cause el menor daño. ¿Estamos?

«Dallas» sacó de debajo del asiento una escopeta automática.

—Si se pone a tiro, lo fulmino —dijo, cargando el arma con seco movimiento de la mano izquierda.

Brassum y «Granito» disponían de sendas pistolas. Kirpett había cogido otra de su casa, una vez que sus secuaces hubieron averiguado el probable escondite donde suponía que Leroy debía guardar a la muchacha.

Mientras sus hombres se desperdigaban, Kirpett pensó, ceñudo, en que había hecho unas promesas que no sabría si podría cumplir. ¿Qué pensaría Brassum cuando supiera que los libros habían desaparecido? Brassum era su contable, además de jefe de pistoleros, y el individuo conocía al dedillo los menores detalles de su negocio. Si veía que los libros faltaban, protestaría y no verbalmente. En aquellos documentos había también algunos que le afectaban gravemente. Él podría haber establecido un pacto con el médico, pero ese pacto no comprometía a Brassum. Bueno, se dijo, de momento lo más interesante era rescatar a la muchacha. Después, ya vería…

* * *

Dentro de la cabaña, «Square» mataba el tiempo jugando a los solitarios y escuchando música a través de un receptor de pilas. La prisionera estaba sentada en una silla, en un rincón de la estancia, silenciosa, callada, sin haber querido aceptar otra cosa que unos sorbos de agua después de recobrar el conocimiento. El pandillero empezaba ya a aburrirse. En su interior, el gesto de su jefe había sido producto de una solemne estupidez, aunque en principio diera como buena la idea. ¿No quería Leroy desquitarse de Kirpett? Pues que hubiese degollado a la chica desde un principio. Un secuestro siempre traía complicaciones y no sólo con el propio Kirpett. Si la policía les echaba el guante… En cambio, haciendo con la chica lo mismo que ellos habían hecho con Rann, la cuenta quedaba saldada. Eso es lo que hubiera hecho él… Pero como no era el jefe, debía resignarse a cumplir las órdenes que le habían dado.

Y el caso era que la muchacha era endiabladamente bonita. Sí, toda una mujer de una pieza. Lástima que estuviera tan seria y tan arisca. Si se mostrase un poco más amable…

Miró a Enid de reojo y se excitó de repente. Sin saber por qué, se puso en pie.

Ella le miró suspicazmente. «Square» sonrió.

—No temas, guapa —dijo—. No pienso hacerte daño. Únicamente… ¿Por qué no tomamos unas copas juntos?

Enid apretó los labios. En el costado derecho de la habitación, junto a una de las ventanas, había un aparador con surtido de licores. El pandillero cruzó la estancia, disponiéndose a preparar dos vasos.

Cuando pasaba por delante de la ventana, divisó un movimiento sospechoso en la vegetación, a unos cuarenta metros de distancia. Todos sus pensamientos de divertirse a costa de la chica, se borraron inmediatamente ante el más acuciante de tener que defenderse.

Apoyada en la mesa tenía una «Thompson». Agarró el arma y tiró de cerrojo, introduciendo una bala en la recámara. Corrió hacia la ventana, ante los espantados ojos de la muchacha, que preveía lo que iba a suceder.

Todo aquel que no se acercase por el camino principal, era enemigo, consideró «Square». En consecuencia, debía tratarlo como a tal.

Esperó unos momentos. Los movimientos volvieron a reproducirse, ahora más cerca. El sujeto estaba ya a unos veinte metros y se acercaba cautelosamente, procurando no ser visto. «Square» sonrió duramente.

—Muchacho, ¿piensas que no te he reconocido? —dijo a media voz.

Esperó a que «Dallas» iniciase el próximo movimiento. Cuando el pandillero abandonó su refugio, «Square» disparó una larga ráfaga que sonó fragorosamente en el silencio de la espesura de abetos.

«Dallas» levantó sus brazos, lanzando la escopeta a lo alto. La ráfaga le había segado casi por la mitad, matándole en el acto. Cayó tras unos matorrales y ya no se movió más.

En aquel instante, «Square» percibió un leve ruidito a sus espaldas. Se volvió, lanzando una sonora blasfemia. Enid pretendía escapar de la cabaña.

Saltó hacia ella, agarrándola con la mano izquierda por el brazo del mismo lado. Enid chilló.

«Square» barbotó algo entre dientes. Preso de una cólera irrefrenable, lanzó a la muchacha hacia el centro de la estancia.

Enid retrocedió unos cuantos pasos a la carrera, irresistiblemente impulsada por el fenomenal esfuerzo del forajido. De pronto se le enredaron los tacones de los zapatos y cayó de espaldas. Su nuca chocó contra algo duro y perdió el conocimiento.

En aquel instante sonó una voz.

—¡Tira la metralleta!

«Square» se volvió como una fiera, presionando ya el gatillo mientras giraba. Alcanzado de lleno, «Granito» lanzó un atroz aullido al sentir en su pecho la mordedura de los proyectiles. La «Thompson» elevó el caño un momento y la siguiente andanada deshizo en mil pedazos el cráneo del pistolero.

«Square» no pudo disfrutar por mucho tiempo de las mieles del triunfo. Desde otra de las ventanas, Brassum, fríamente, a cuatro metros de distancia, empezó a disparar contra el infalible blanco de su amplia espalda. «Square» empezó a moverse de una manera que parecía estuviese ejecutando los enloquecidos pasos de una frenética danza y luego se desplomó en el suelo, muerto, a los pies de «Granito».

Brassum rodeó la cabaña. Kirpett llegaba en aquel momento a todo correr, con una pistola en la mano.

—¡Enid! —vociferó, frenéticamente—. ¿Dónde está mi hija?

—Adentro, supongo —contestó el pistolero—. Si ese bastardo no la ha matado.

El corazón del *gangster* suspendió por unos momentos sus latidos. Apartó violentamente a Brassum y se precipitó hacia el interior de la cabaña. Un rugido de fiera herida se escapó de sus labios al ver a Enid desplomada en el suelo.

Saltó por encima de los cadáveres de los pandilleros, arrodillándose al lado de la muchacha. Tomó una de sus manos, llamándola a gritos.

Brassum se arrodilló a su lado.

—Déjeme a mí, jefe —dijo. Movió el cuerpo de la joven sin encontrarle la menor señal de herida alguna—. Es raro —murmuró.

Asió con los dedos la muñeca de Enid.

—El pulso se percibe casi normal, ligeramente acelerado, jefe —declaró al cabo—. Simplemente, ha debido sufrir un fuerte golpe al caer.

La mano de Brassum se paseó por debajo de la cabeza de la

muchacha. Pronto notó un grueso bulto en la nuca.

—No se preocupe, jefe. Despertará dentro de poco. Simplemente, está desvanecida.

Kirpett se puso en pie. Respiró aliviado.

—Vamos a sacarla al exterior. No quiero que cuando despierte se encuentro con este cuadro.

—¿Y…? —Brassum señaló los cuerpos tendidos en el suelo.

—Déjalos ahí —ordenó el *gangster*, despiadadamente—. Ya no podemos hacer nada por ellos. Además, quiero que Leroy sepa lo que ha sucedido cuando venga por aquí.

—Muy bien, jefe.

Brassum se inclinó y tomó en sus brazos el inerte cuerpo de la muchacha. Los dos hombres salieron de la cabaña. Mientras caminaba hacia el coche, Kirpett pensaba algo acerca de lo que debía hacer.

Brassum tenía que enterarse de la desaparición de los libros. Protestaría, indiscutiblemente. Y todavía protestaría más cuando se enterase de lo que pensaba hacer. Posiblemente, sus protestas se concretarían en algo sólido: un trocito de plomo entre ceja y ceja. Esto no le convenía en absoluto, resolvió el *gangster* finalmente.

Llegaron al coche. Brassum depositó el inconsciente cuerpo de la muchacha en el asiento posterior. Luego, enderezándose, salió fuera del auto y giró para encaminarse al lugar del conductor. Entonces se enfrentó con el revólver de su jefe.

Los ojos de Brassum se dilataron por el espanto.

—¡Jefe! —chilló.

La detonación espantó a un cuervo que se hallaba posado en una rama cercana. El pajarraco huyó, graznando desagradablemente. Brassum no escuchó ya sus graznidos. En realidad, murió sin saber por qué moría.

Fríamente, sin sentir el menor remordimiento, Kirpett arrastró el cuerpo de Brassum a un lado. Luego se sentó tras el volante y maniobró convenientemente para situar el coche en posición. Cuando lo hubo conseguido, se lanzó hacia Stillton a toda velocidad.

A sus espaldas, el sol empezaba ya enrojecer.

# CAPÍTULO XIV

DESDE su despacho, Quagley oyó vagamente el sonido bitonal del timbre de llamada. Ocupada su mente en otras cosas, no prestó apenas atención a las asustadas voces que sonaban en el vestíbulo de la clínica. Pero, de súbito, la puerta de su despacho se abrió y Finney apareció bajo el dintel.

Quagley se puso en pie. El rostro de la enfermera se veía inusitadamente grave.

—¡Doctor, venga, pronto! ¡Es muy urgente!

El joven salió de detrás de la mesa y echó a correr, siguiendo a Finney. Al llegar al vestíbulo se detuvo como si hubiese recibido un mazazo en pleno pecho.

Kirpett estaba allí, en el centro, con el cuerpo de Enid en los brazos. Los de la muchacha, así como su negro cabello, pendían lacios, sueltos. Claramente se veía que Enid había sufrido un serio accidente.

—¿Qué le ha ocurrido a su hija? —preguntó, apretando mucho los labios.

—Antes de contestarle, dígame si tratará de salvar su vida o querrá vengarse de mí, doctor —contestó el *gangster*—. Enid está grave, muy grave, y sólo una intervención quirúrgica podrá salvarla. Quiero saber si usted es capaz de operarla o se aprovechará de las circunstancias para devolverme el golpe que le asesté involuntariamente hace dos semanas.

El pecho del joven se hinchó tempestuosamente. De nuevo volvió a ver el cuerpo yacente inerte de su esposa. Kirpett tenía razón: le ofrecía ocasión en bandeja. No sabía qué le sucedía a su

hija, pero… ¡era tan fácil fallar en una operación quirúrgica! Un bisturí que cortase inadvertidamente una arteria, una incisión en un lugar indebido… y las cuentas quedarían saldadas.

Hubo una pausa de intenso y dramático silencio. Kirpett continuaba en el mismo sitio, con Enid en sus brazos. Finney estaba a un lado, mirándole seria, incisivamente, tratando de escrutar con sus perspicaces ojos lo que sucedía en su interior.

El joven captó en el acto los pensamientos de la enfermera.

«Si se niega a actuar, jamás podré mirarle a la cara».

«Tiene usted las manos que le concedió el Señor para curar, no para utilizarlas en provecho de su venganza», parecía decir la veterana y quisquillosa Finney.

Inspiró con fuerza. Sí, sus manos eran para curar, no para vengarse. La muchacha era inocente de los crímenes de su padre. La sangre que había vertido Kirpett no debía manchar sus cabellos. Su obligación era hacer todo lo posible por salvarla.

—Si está en mis manos salvar su vida, lo haré —dijo con voz firme.

Una expresión de alivio se dibujó en el impasible rostro del *gangster*.

—Esperaba oírle decir eso, doctor —expresó—. Si puede servirle de alguna satisfacción, le diré que cuando haya terminado, iré a entregarme al capitán Turnpike. Declararé que fui yo quien ordenó a Leaven y a Grossetto que matasen a Garris. ¿Le basta esto que acabo de decirle?

Sin responder una sola palabra, el joven se acercó a Enid y le levantó uno de los párpados. La enorme contracción de la pupila indicó sobradamente que había una fortísima conmoción cerebral.

La mano derecha de la joven, colocada sobre su regazo, se movía ligeramente, con menudos espasmos. Quagley captó igualmente el detalle. Además de la conmoción, se dijo, el cerebro debía sufrir alguna presión extraña, cosa que se reflejaba en aquellos movimientos ajenos a la voluntad de la paciente.

—Recibió ayer un tremendo golpe en la nuca cuando iba a rescatarla —dijo Kirpett. No quiso añadir que había permanecido después escondido todo aquel tiempo en un infecto hotel, escapando así a la posible venganza de Leroy—. En un principio, pensé que se trataría de un desvanecimiento corriente, provocado

por el golpe que recibió al caer, pero al pasar las horas y ver que el desmayo proseguía, me alarmé. Llamé al doctor Groves…

—No le conozco —dijo el joven—. Su nombre es desconocido para mí.

Kirpett soltó una risita.

—Hace muchos años que la Asociación Médica de Stillton lo expulsó de sus filas, imagínese por qué. Groves suele curar a mis muchachos cuando se encuentran con alguna bala imprevista.

El joven asintió. Conocía más de un caso como el que le citaba el pandillero: médicos sin registrar o expulsados, que curaban a los *gangsters* las heridas que recibían, sin dar cuenta a la policía.

—¿Y…?

—Groves me dijo que él no podía curarla. Enid, al parecer, sufre un serio contratiempo. Habló de una esquirla de hueso desprendida o quizá un coágulo de sangre que hace presión en el cerebro. En todo caso, dijo que era un caso claro de trepanación.

—Y usted ha venido a que yo salve a su hija.

Kirpett le miró fijamente, recto a los ojos.

—Usted no es un asesino. Podría saltarme al cuello y estrangularme, pero no mataría a Enid en el quirófano para saciar su sed de venganza.

—Hay otros cirujanos mejores que yo en Stillton.

—A ninguno de ellos les maté yo su esposa.

Los dos hombres se contemplaron mutuamente. La alusión era clara, certera, desafiante.

Finney continuaba mirándole. La enfermera esperaba en silencio, impasible, sin pronunciar una sola palabra, permitiendo deliberadamente que fuera el joven quien resolviese aquel caso de su conciencia.

—Está bien —dijo al cabo—. Finney, vamos a la sala de radiografía. Antes de intervenir, quiero saber por dónde he de moverme.

Una leve sonrisa se dibujó en los labios del *gangster*.

Silenciosamente, siguió a la enfermera, de cuyo anguloso rostro se habían disipado por completo las nubes que lo cubrían.

Enid fue acostada sobre una mesa, delante del aparato de rayos X. Mientras Finney disponía todo para la exploración radiográfica, el joven escribió algo en un bloc de notas. Arrancó la hoja y se la

entregó a la enfermera.

—Llame por teléfono a los doctores Brawson y James. Necesito unos buenos ayudantes y nadie mejor que ellos en un caso como el presente. Dígales que es urgente, que se trata de una trepanación que realizaremos antes de dos horas. Luego llame a la farmacia y ordene que le dispongan rápidamente esta receta.

Finney se sorprendió enormemente. Por regla general, disponían en la clínica de todo lo necesario para una intervención de urgencia. Sólo periódicamente se reponían las existencias consumidas, y que ella supiese, en el momento actual no precisaban de ningún medicamento especial adecuado a la lesión de la muchacha.

Leyó la receta. Su rostro no se inmutó al conocer el contenido de la misma.

«Llame por teléfono al capitán Turnpike y dígale que espere en el exterior de la clínica hasta que yo le avise.»

—Muy bien, doctor —dijo con voz inexpresiva—. Ahora mismo haré que traigan de la farmacia las medicinas requeridas.

Enid yacía sobre el vientre, envuelta en blancas toallas. Su cabeza, con el rostro hacia abajo, descansaba blandamente sobre un soporte en forma de herradura, forrado de goma, a fin de no causarle daños innecesarios. En la cabecera del quirófano, el anestesista y la enfermera ayudante transmitían constantemente sus observaciones sobre la presión de la sangre, pulso y respiración, así como la temperatura, comunicándolas periódicamente al cirujano.

La inconsciencia de Enid permitía actuar sin anestesia. Por otra parte, el cerebro es el único órgano del cuerpo en el que se puede manipular sin que el paciente perciba el menor dolor. A pesar de todo, en el momento en que cesara la presión extraña, era de suponer que la paciente recobrase el conocimiento, por lo que era preciso prevenirse contra semejante contingencia.

La cabeza de la muchacha estaba completamente afeitada. Claramente se veía en la nuca el grueso bulto violáceo del golpe. Uno de los ayudantes, después de haber untado con yodo el campo operatorio, clavó una aguja en el centro del hematoma y aspiró la sangre, que salió espesa, negruzca. La hinchazón desapareció casi en el acto.

En torno al quirófano se dispusieron los aparatos. Un electrodo

del bisturí eléctrico fue sujetado a la paciente. El aparato era manejado por un técnico. A derecha e izquierda de la mesa, cuidadosamente dispuestos para ser utilizados, había diversos instrumentos sobre pequeñas mesas. Dos instrumentistas los entregaban al operador según la marcha de la intervención.

Quagley se acercó a la mesa. Finney le entregó una jeringuilla llena de un anestésico. Necesitó varias inyecciones para insensibilizar una zona lo suficientemente grande. Luego, con un bisturí, practicó una incisión en la región occipital del cráneo.

Manson secó con gasas, sujetas con pinzas de la reserva de los instrumentistas, la escasa sangre que brotaba de la incisión. Brawson y James cubrieron cuidadosamente la cabeza de Enid, de modo que sólo quedase despejado el campo operatorio.

Sin atreverse a respirar, cubierto con blancas vestiduras totalmente esterilizadas, gorro y mascarilla de gasa, Kirpett presenciaba la intervención, situado en un discreto segundo término. Había insistido en hallarse presente y el joven no había hallado ninguna objeción que oponer a los deseos del *gangster*.

Finney entregó un bisturí a Quagley. Este trazó la incisión inicial hasta el periostio. En un santiamén, el campo operatorio quedó cubierto de grapas y pinzas. La presión de las pinzas contuvo la hemorragia. Se ataron con hilos los vasos seccionados y se suturaron con aguja e hilo las zonas sangrantes.

Cuando Quagley hubo liberado algo la piel colgante y la presencia de la sangre desapareció, el bisturí se hundió a través del periostio, la membrana que envuelve directamente el hueso. Nuevamente las pinzas y las grapas entraron en acción, conteniendo las diminutas hemorragias. Quagley separó con una espátula del hueso la piel seccionada y empuñó el trépano, el diminuto taladro eléctrico que lleva en su extremo una fresa redonda.

Apoyó el trépano sobre el hueso y lo hizo girar. Debía fiarse de su instinto en aquellos momentos. Apenas si valía la experiencia para saber cuándo el taladro había atravesado la delgada capa ósea de dos milímetros de espesor. Una presión superior a la necesaria y el cerebro sería alcanzado.

Quagley rememoró imaginariamente las radiografías, para seguir practicando nuevos orificios en el cráneo, separados entre sí por intervalos de algunos centímetros.

Mientras efectuaba las primeras perforaciones, Brawson limpiaba los agujeros practicados en el cráneo. Con unas pinzas reunió las diminutas esquirlas de hueso en un pequeño recipiente, conservándolas en una solución salina caliente. A continuación, con una sonda, Quagley introdujo una sierra de acero entre el cerebro y el hueso de uno a otro agujero. Se dispusieron anillas en los extremos de la sierra y con algunos movimientos se practicó una estrecha incisión entre las dos aberturas en la cubierta del cráneo. Quagley repitió la misma operación de agujero en agujero. Su mente estaba despejada, lúcida, y su pulso era firme y seguro. El anestesista le comunicó los últimos datos: el pulso y la respiración eran bastante más elevados de lo normal.

Una vez realizada la operación, se obtuvo una separación, aún firme en la base y unida a los demás huesos del cráneo por la piel. Quagley apartó el trozo a un lado, junto con la piel de la cabeza. El cráneo estaba abierto y el cerebro al alcance de los operadores.

—La respiración baja a veintiséis —dijo el anestesista—. Pulso, ciento diez.

La presión había cesado. Enid emitió un largo suspiro, aunque todavía continuaba inconsciente.

Mientras Manson cubría la parte ósea colgante con gasas húmedas, Quagley y sus ayudantes contenían la hemorragia. Quagley tocó los vasos mayores con el electrodo de bola de diatermia. Un poco de humo brotó al ser cauterizados los vasos, pero las hemorragias cesaron en el acto.

Finney colocó sobre la frente del joven una lámpara frontal. El cerebro quedó así brillantemente iluminado. Ahora ya podía ver la esquirla de hueso desprendida de la parte interna del cráneo y adherida parcialmente a las meninges. Junto a la esquirla se divisaba un coágulo de sangre del tamaño de una moneda de veinticinco centavos.

Quagley pinchó el coágulo con una aguja, extrayendo la mayor parte de la sangre todavía fluida de su interior. Luego, con un finísimo bisturí curvado en la mano derecha y unas pinzas en la izquierda, trabajó hasta despegar el coágulo de las membranas protectoras del cerebro.

Finney le entregó otro bisturí y otras pinzas. Con el primero practicó una ligera incisión en la meninge. Curiosamente, la

esquirla tenía un sorprendente parecido con otra de metal que había causado la muerte de una mujer, y, como ésta, sus bordes irregulares se habían enganchado en un trozo de tejido. El bisturí cortó la meninge y las pinzas asieron la esquirla, arrancándola de un seco y suave tirón.

—Sutura.

Le entregaron aguja e hilo y cosió la pequeña incisión de la meninge.

—Respiración, veinticuatro. Pulso, cien.

Enid volvía a la normalidad. Todavía continuaba inconsciente, pero los leves espasmos de su mano derecha habían cesado ya por completo. De pronto, habló.

—¿Qué sucede? ¿Por qué estoy aquí?

—Recibió un golpe en la nuca, señorita Kirpett —dijo Quagley —. Necesita unos puntos de sutura en la piel del cráneo, eso es todo.

—Usted… usted es el doctor Quagley —balbuceó ella.

—Sí, pero no hable ahora —el joven hizo un esfuerzo—. Su padre se encuentra bien.

—Gracias, doctor.

—No hable, repito —insistió el joven.

Pensó que era maravilloso que una persona con el cerebro completamente al descubierto pudiera pensar y razonar con toda normalidad, aunque con alguna torpeza.

El resto era ya sencillo. Quagley perforó pequeñas aberturas por las cuales pasó un hilo de plata, anudándolo al terminar. El polvillo óseo, que Brawson había recogido tan cuidadosamente, fue colocado de nuevo en los orificios, a fin de cerrarlos lo mejor posible y ayudar a su posterior regeneración. Quagley colocó la piel en su sitio y la cosió. Finalmente, Brawson vendó cuidadosamente la cabeza de la muchacha y sujetó los vendajes con cinta adhesiva. La operación había concluido. Las vestiduras del joven estaban tan limpias como al entrar en el quirófano.

Finney preparó una jeringuilla con una solución de pentotal. Momentos después, Enid dormía sosegadamente. Finney y otra enfermera, vigiladas por Manson, el ayudante de la clínica, se la llevaron a la habitación que estaba ya destinada de antemano.

Brawson y James felicitaron al joven calurosamente por el éxito

de la intervención. Mientras fumaban un cigarrillo, Quagley pasó al antequirófano. Kirpett le siguió momentos más tarde, despojándose ambos de los gorros y máscaras. Mientras se quitaba la bata, Kirpett miró al joven directamente a la cara.

—¿Qué probabilidades tiene ahora Enid, doctor?

—Todas.

—¿Me lo asegura usted?

—Vuelva al quirófano y pregúntele a mis ayudantes.

Kirpett vaciló unos instantes. Luego, dijo:

—Bien, usted ha salvado a mi hija. Yo cumpliré mi palabra.

En aquel instante, Quagley sintió una viva compasión hacia el individuo que tenía delante de sus ojos. No obstante, procuró mantener la impasibilidad de sus facciones.

—Usted es un hombre que pudo haber llegado muy lejos, si sus acciones se hubieran ajustado a la ética, Kirpett —dijo.

El *gangster* se encogió de hombros.

—Es ya tarde para rectificar —manifestó, con indiferencia—. Supongo que es el destino de las personas.

—Cada uno se labra su propio destino, Kirpett. El suyo pudo haber sido muy distinto.

—Posiblemente —concedió el bandido—. Bien, lo interesante ahora es que Enid se ha salvado… y que usted ha conseguido vengarse de mí.

—No es venganza, Kirpett —contestó el joven.

—Llámelo como quiera. —El *gangster* soltó una risita—. Si esos tipos me van a freír en la silla, ¿qué importa ahora el nombre?

—Un abogado hábil y astuto conseguirá una sentencia benigna —apuntó el joven.

Kirpett se echó a reír.

—Vaya, de modo que ahora me sale compasivo… Bien, doctor. Le dejo. Lo más posible es que ya no volvamos a vernos. Dígale a Enid cuando esté buena… Bien, eso lo dejo a su discreción.

El *gangster* dio media vuelta y abandonó el antequirófano. Quagley permaneció en pie allí durante unos momentos. Había olvidado advertirle que Turnpike le aguardaba fuera…, pero no tardaría en enterarse. Entonces se dijo que, efectivamente, había triunfado sobre Kirpett. Sin embargo, tal como le pronosticara la gruñona Finney, la manzana se le había deshecho en hediondas

cenizas entre sus dedos. Su sabor era francamente nauseabundo.

Estuvo tentado por un instante de salir y alcanzar al pandillero. Antes de que reflexionara sobre su nuevo estado de ánimo, sonaron unos disparos.

# CAPÍTULO XV

AGAZAPADO tras unos arbustos, temblando literalmente de rabia, Leroy esperaba.

Había acudido a la cabaña de Green Lake y se había encontrado con los rastros de la matanza. Los hombres de Kirpett yacían por el suelo, acribillados a balazos, junto con su esbirro. Pero de la muchacha no se advertía el menor rastro.

Kirpett se había burlado de él. Rescatada Enid, poco podría hacer para desquitarse. Al menos, en la forma tan astuta que había ideado. Pero había otra solución.

Gray, el otro pistolero, había indagado constantemente desde que Leroy le diese la noticia del rescate de la muchacha. Kirpett no estaba en su alojamiento. Gray había movilizado a sus amistades del hampa, usando pródigamente el dinero que le había facilitado su jefe, hasta dar con el paradero de Kirpett. Sin embargo, habían llegado un poco tarde al hotel donde su enemigo había estado escondido casi veinticuatro horas. Pero el asustado hotelero les había dado una valiosa información.

La chica estaba gravemente herida. Kirpett se la había llevado al anochecer. Seguramente, apuntó el temeroso hotelero, a un buen médico, ya que Groves no había hecho apenas otra cosa que efectuar un somero reconocimiento.

¿Enid herida? ¿Kirpett en busca de un médico? Sólo había un médico que pudiera atender a la muchacha. Leroy había acertado y sólo por escasos minutos no había alcanzado a Kirpett. Por unos momentos, había estado tentado de irrumpir a tiros en la clínica, pero una mínima dosis de sentido común le advirtió que no debía

cometer tamaña imprudencia. Tarde o temprano, Kirpett acabaría por salir. Entonces, él…

El tiempo se le hizo tediosamente largo. No obstante, las ansias de venganza eran superiores a cualquier otra consideración. Kirpett no debía volver a ver la luz del día.

De pronto, la puerta de la clínica se abrió y un raudal de luz brotó al exterior. Una silueta se recortó nítidamente en negro contra la iluminación interna. La maciza figura de Kirpett era inconfundible.

Leroy alzó su mano armada con una pesada automática. Kirpett se detuvo unos momentos bajo el dintel, como aspirando el fresco aire de la noche. Luego descendió lentamente la pequeña escalinata que separaba la puerta de la explanada de estacionamiento de los coches.

Kirpett se acercó a su coche. El dedo de Leroy presionó el gatillo una, dos, tres veces. Los fogonazos de los disparos semejaban lancetazos de fuego en la oscuridad.

Kirpett se estremeció terriblemente al entrar los proyectiles en su carne. Se agarró con ambas manos a la portezuela del coche, intentando detener una caída que ya era irremediable. Más balas perforaron su cuerpo. Sufrió una terrible sacudida, y luego, lentamente, cayó en confuso montón al lado del automóvil.

El capitán Turnpike lanzó una maldición. ¿Quién diablos era aquel intruso que disparaba contra Kirpett?

¿Cómo no se habían apercibido hasta entonces de su presencia?

Lanzó una sonora orden.

—¡Deténganlo!

Leroy se incorporó, lívido de espanto. Creía estar solo y de repente…

Ciego de pánico, atropellando los arbustos, echó a correr. El haz de rayos de una linterna alumbró su rostro deformado por el espanto.

—¡Alto! ¡Párese!

Leroy soltó una bala en dirección al lugar donde había sonado la voz intimidatoria. Entonces, una «Thompson» emitió un profundo rugido.

El tableteo de la ametralladora ahogó los alaridos de dolor del *gangster*. Leroy manoteó frenéticamente durante unos segundos y

luego se derrumbó al suelo, aplastando unos arbustos. Sus piernas se movieron todavía con débiles convulsiones, y luego todo su cuerpo adquirió la suprema inmovilidad de la muerte.

* * *

Neil Quagley suspiró. Sentóse ante su mesa y se cogió el puente de la nariz con el pulgar y el índice de la mano derecha. Estaba cansado. Su fama crecía constantemente. La clínica se le quedaba ya pequeña.

Últimamente, su banquero le había hecho una discreta insinuación acerca de un nuevo y más sustancioso préstamo para adquisición de la propiedad y ampliación del edificio. La oferta había partido voluntariamente del financiero. Eso indicaba que su crédito era sólido y firme.

Había transcurrido ya cerca de un año desde que Enid abandonara la clínica completamente curada. En todo aquel tiempo no la había vuelto a ver ni había tenido la menor noticia de ella. A veces se sorprendía a sí mismo pensando en la muchacha con más frecuencia de la necesaria.

Aquella mañana se había mirado en el espejo y descubierto las primeras canas. ¿Se sentía ya viejo? Al menos, solitario y abandonado. Un hombre solo no podía vivir, se dijo. Pero no tenía con quién compartir su soledad. Eso no era bueno, le había dicho Finney también aquella misma mañana. A los treinta y cinco años, un hombre tenía toda una vida por delante. Debía aprovechar todo lo bueno que se le ofrecía antes de que fuese demasiado tarde.

Tonterías, gruñó, mientras alargaba su mano hacia la caja de los cigarrillos. Pero no llegó a abrirla. El interfono sonó en aquel preciso instante.

—Doctor, tiene una visita.

—La consulta ha terminado ya. Señálele hora para otro día.

—Su visitante espera hace un año, doctor. No puede negarse a recibirle.

—¡Pero, Finney…!

La enfermera cortó la comunicación. Quagley lanzó un gruñido de descontento.

Segundos más tarde, se abría la puerta. Quagley se puso en pie lentamente, con el asombro más absoluto reflejado en su rostro.

—Enid —murmuró ahogadamente.

La muchacha avanzó hacia él con lento paso. Sus negros cabellos le llegaban sueltos hasta los hombros. La cicatriz de la operación quedaba completamente a cubierto.

—Neil, doctor… —dijo ella, deteniéndose a dos pasos de la mesa.

Callaron unos instantes. La mirada de la joven estaba fija en el rostro de Quagley.

—He estado pensando mucho durante este tiempo, Neil.

—Sí, Enid.

—Creo… creo que los dos hemos pasado por trances muy amargos.

—Es verdad.

—De nada serviría volver la espalda a la realidad, Neil —dijo la muchacha—. He vuelto…, me gustaría poder ayudarle…, ayudarte… Ambos necesitamos olvidar… Yo también necesito que alguien me ayude, Neil.

Quagley tragó saliva. Sus manos temblaron convulsivamente durante unos segundos.

—Me ha costado mucho llegar a esta decisión, Neil —sus hermosos ojos le miraban suplicantes—. De todas formas, si no quieres que esté a tu lado, me marcharé.

El joven pensó en dos objetos muy parecidos que guardaba cuidadosamente en uno de los cajones de la mesa. Dos esquirlas, una de oro y otra de hueso.

—Perdiste la vida de una persona amada… Creo… creo que debo ofrecerte otra a cambio, Neil. La mía…, si la aceptas… es tuya… para siempre.

Los ojos de la muchacha espiaban ansiosamente las menores reacciones del rostro de Quagley. Este permanecía silencioso, sin dar muestras de querer responder a las palabras de Enid.

De pronto, Quagley abandonó el parapeto de la mesa. Lentamente, pero decidido, avanzó al encuentro de la joven.

F I N